«Si uno está en Cristo es una criatura nueva»

Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Rímini 2011

Suplemento de la revista *Huellas – Litterae Communionis*, n. 6, junio de 2011

«SI UNO ESTÁ EN CRISTO ES UNA CRIATURA NUEVA»

Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Rímini 2011

© 2011 Fraternità di Comunione e Liberazione
Traducción del italiano: Belén de la Vega

En la portada: *La llamada de Zaqueo* (detalle), Capua, Basílica de Sant'Angelo in Formis.
Por cortesía del rector de la basílica.

Ciudad del Vaticano, 29 de abril de 2011

Reverendo
Don Julián Carrón
Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Con ocasión Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre el tema «Si uno está en Cristo, es una criatura nueva», el Sumo Pontífice dirige a los participantes afectuoso pensamiento y mientras desea meritorio encuentro suscite renovado ardor misionero al servicio Evangelio, invoca copiosa efusión dones celestes y envía a Usted y a todos los asistentes implorada bendición apostólica.

***Cardenal Tarcisio Bertone**, Secretario de Estado de Su Santidad*

Viernes 29 de abril, por la noche

A la entrada y a la salida:
Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto para piano n. 27 en si bemol mayor, K 595
András Schiff, piano
Sándor Vegh – Camerata Academica Salzburg, Decca

■ **INTRODUCCIÓN**
Julián Carrón

No creo que nadie sienta, al comienzo de nuestro gesto de los Ejercicios, una urgencia mayor que pedir, suplicar poder estar disponibles a la conversión. Cada uno de nosotros sabe perfectamente hasta qué punto se resiste a esta conversión, cuántas veces nuestro corazón está endurecido, lo poco disponibles que estamos en el fondo para dejarnos atraer por Él. Cuanto más conscientes seamos de esto, de esta guerra en la que estamos enzarzados y de cuál es nuestra fragilidad y nuestra debilidad, tanto más sentiremos la urgencia de pedir al Espíritu que sea Él el que lave lo que está sucio en nosotros, el que riegue nuestra aridez, el que sane lo que está herido.

Desciende Santo Espíritu

Os saludo a cada uno de los que estáis aquí presentes, y a todos los amigos que están conectados con nosotros desde distintos países, así como a todos aquellos que participarán de los Ejercicios en diferido en las próximas semanas.

Comienzo leyendo el telegrama enviado por Su Santidad:

«Con ocasión Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre el tema "Si uno está en Cristo, es una criatura nueva", el Sumo Pontífice dirige a los participantes afectuoso pensamiento y mientras desea meritorio encuentro suscite renovado ardor misionero al servicio Evangelio, invoca copiosa efusión dones celestes y envía a Usted y a todos los asistentes implorada bendición apostólica. Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad».

«Por tanto, si uno está en Cristo es una criatura nueva»[1], porque Cristo es algo que me está sucediendo. Tratemos de identificarnos con los discípulos después de la Pascua. ¿Qué predominaba en sus corazones, en sus ojos, en

[1] *Cor 5,17.*

la conciencia que tenían de sí mismos, sino Su presencia viva? Para ellos era tan evidente que no podían arrancársela, era una Presencia que vencía cualquier duda, cualquier sombra: se imponía. Cristo era algo que estaba sucediendo en ellos. No era una doctrina, un elenco de cosas que hay que hacer, un sentimiento. Era una presencia externa, distinta, es verdad, pero que abrazaba su vida. La resurrección de Cristo, Su presencia viva, introducía una novedad que hacía que la vida fuese finalmente vida, llenándola de una intensidad que no podían generar por ellos mismos. Era tan evidente, que la llamaron «vida nueva»[2]. Y al que la vivía, criatura nueva. La vida nueva –podemos decir simplemente: la vida en su sentido más pleno, que se desvela por primera vez con toda su intensidad– definía de tal modo sus personas que los cristianos eran llamados los «vivientes»[3]. ¡Imaginad qué tipo de experiencia vivían y qué tipo de experiencia contemplaban los otros para llegar a definirles como los vivientes! Esto es lo que Cristo ha introducido para siempre en la realidad: una posibilidad de vivir la vida a un nivel absolutamente desconocido para nosotros antes, un "plus", y san Pablo no encuentra otro modo mejor de expresar este hecho que la frase que hemos elegido como título de nuestros Ejercicios.

Ésta es la novedad que introduce la resurrección de Cristo. No es una vuelta a la vieja vida precedente; es una vida que implica un salto, un incremento de vida desconocido previamente. Es tan real, pero al mismo tiempo tan alejado de cualquier imaginación, que lo único que se puede hacer es dar testimonio de ella en la acción, comunicarla a través del resplandor del rostro, a través de la intensidad de la mirada, de la relación con la realidad, de la forma de tratar todo. No era algo que se había aprendido con anterioridad y que después se trataba de aplicar: no se conocía antes, y por eso habría sido imposible tratar de aplicar algo que no se sabía. Era una sorpresa, se empezó a saber porque Cristo lo hacía suceder: era el Acontecimiento lo que permitía conocer la novedad. «Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron»[4]. Él generaba esta sorpresa constantemente: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»[5]. Se trataba de algo –Cristo, Cristo resucitado– que estaba sucediendo en ellos, ¡hasta el punto de hacer arder su corazón!

---

[2] *Rm* 6,4.
[3] *Rm 6,11.*
[4] *Lc* 24,30-31.
[5] *Lc* 24,32.

Afirma don Giussani: «Nuestra autoconciencia alcanza su cumbre en el misterio de la Resurrección. En él culmina la autoconciencia del cristiano y, por tanto, la autoconciencia nueva de mí mismo, del modo en que miro a todas las personas y las cosas. La Resurrección es la clave de una nueva relación conmigo mismo, entre yo y los hombres, entre yo y las cosas.

Y, sin embargo, es la realidad de la que más rehuimos. La Resurrección es la cumbre del desafío que el Misterio hace a nuestra medida. Por ello la dejamos de lado –si queréis, respetuosamente–, dejamos que siga siendo una palabra árida, percibida de manera intelectual, contemplada como una idea»[6]. ¿Hay alguien entre nosotros que no desee una intensidad de vida como ésta? Pero si comparamos lo que vivieron los discípulos aquella semana de Pascua con lo que hemos vivido nosotros, todos reconoceremos la lejanía, la distancia abismal que nos separa de la experiencia que hicieron ellos. Esto vale también por lo que respecta a la participación en la Liturgia: para ellos fue el momento en que Le reconocieron (se abren sus ojos y Le reconocen), mientras que para nosotros muchas veces se queda reducida a un rito.

Pero esta lejanía que vemos en nosotros, este dolor que se impone, ya ha sido vencido en los apóstoles: ésta es la esperanza para cada uno de nosotros. Lo que nosotros esperamos, ya es un hecho en ellos, ya ha sucedido en la historia. Esta novedad ya ha sido una experiencia en el hombre, en ciertos hombres, y puede llegar a ser también nuestra si estamos dispuestos a dejarnos generar a través de la modalidad que nos ha aferrado: el carisma. Para que esto suceda, debemos estar disponibles a seguir el camino trazado por don Giussani. Para que el cristianismo llegue ser tan "nuestro" que sea capaz de superar la distancia que nos separa de la experiencia de los apóstoles. Para que la vida se llene de esa novedad que vence cualquier aridez, es necesario continuar el recorrido que estamos haciendo, cuyas razones expusimos el pasado 26 de enero en la presentación de *El sentido religioso*.

La pregunta que se está suscitando últimamente de distintas formas, y que se agudiza en el trabajo de la Escuela de comunidad, es muy indicativa del problema en el que nos hallamos inmersos: ¿Por qué insistimos en que Cristo ha venido a despertar nuestro "yo" y a educarnos en el sentido religioso? ¿Por qué esa insistencia en que la naturaleza de la experiencia cristiana se ve en que es capaz de suscitar el sentido del misterio del "yo", de suscitar la pregunta humana? ¿No habría sido más fácil hablar de Cristo sin este empecinamiento en el despertar del "yo", sin insistir en aquello que hemos descubierto en nosotros? Muchas veces me repetís: «Pero, ¿a dónde nos quieres llevar? ¿No es una complicación el camino que don Giussani nos invita a hacer?».

---

[6] L. Giussani, "Cristo resucitado, la derrota de la nada", en *Huellas* n. 4, abril 2006, p. 2.

Me parece estar escuchando hoy la misma objeción que don Giussani escuchaba de un alumno suyo. Lo cuenta él mismo: «Ahora la gente ya no percibe en qué consiste la correspondencia entre la propuesta cristiana en su originalidad, entre el acontecimiento cristiano y la vida de todos los días. Y cuando yo me esfuerzo, cuando vosotros os esforzáis por hacerla comprender: "¡Pero qué complicado eres, qué complicado eres!". Cuando daba clase en el Instituto, y enseñaba a mis alumnos lo que estudiáis en la Escuela de comunidad, tenía en clase al hijo de Manzù, que conocía a un cura con el que hablaba asiduamente. Este cura le instigaba contra lo que leía en mis apuntes y le decía: "¿Lo ves? Esto complica, mientras que la religión es sencilla". Que es como decir "las razones complican" –¡cuántos estarían de acuerdo!–, "la búsqueda de las razones complica". Sin embargo, ¡lo que hace es iluminar! Debido a este planteamiento, Cristo ya no es autoridad, sino un objeto sentimental, y Dios es un espantapájaros y no un amigo»[7].

Don Giussani sabía muy bien a dónde llevaba esa forma de vivir la fe aparentemente menos complicada: «En una situación óptima en apariencia para la transmisión del contenido teórico y ético católico –parroquias eficientes con oferta de cursos de catecismo "para todas las edades"; clases de religión obligatorias en todas las etapas escolares hasta la enseñanza media superior; tradición bien salvaguardada, al menos formalmente, en los criterios que transmitía la familia; cierto pudor del que todavía no se renegaba ante la crítica indiscriminada o la información irreligiosa; buen porcentaje de asistencia a la misa dominical y festiva [ahora, sesenta años después, todo está redimensionado]–, el primer contacto con los jóvenes estudiantes de bachillerato ponía de relieve tres factores que impresionaban al observador atento. Ante todo, la falta de motivación última de la fe. […] En segundo lugar, la falta de incidencia de la fe sobre el comportamiento social en general, y en el ámbito escolar en particular, que se da por descontada. Y finalmente, un clima decididamente generador de escepticismo»[8].

Por eso tiene razón Heschel, un pensador judío: «Es habitual inculpar a la ciencia secular y a la filosofía antirreligiosa del eclipse de la religión en la sociedad moderna, pero sería más honesto inculpar a la religión de sus propias derrotas. La religión ha decaído no porque haya sido confutada, sino porque se ha convertido en algo irrelevante, monótono, opresivo e insípido»[9]. Esta irrelevancia, esta insipidez de la fe puede verificarse también en una situación como la que ha escrito antes don Giussani, en la que

---

[7] L. Giussani, *«Tu» (o dell'amicizia)*, BUR, Milano 1997, pp. 40-41.
[8] L. Giussani, *Educar es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, pp. 39-40.
[9] A.J. Heschel, *Crescere in saggezza*, Gribaudi, Milano 2001, p. 157.

la religiosidad era omnipresente, o como aquella que imaginaba Nietzsche, en donde la religión estaba extendida, pero era incapaz de despertar a la persona. «Nietzsche nos advirtió hace tiempo de que *la muerte de Dios* era perfectamente compatible con una "*religiosidad burguesa*" […]. Él no pensó en absoluto que la religión estuviese acabada. Lo que ponía en discusión era la capacidad de la religión de mover a la persona y de abrir su mente […]. La religión se ha convertido en un producto de consumo, en una forma de entretenimiento entre otras, en una fuente de consuelo para los débiles […] o un dispensador de servicios emotivos, destinado a apagar algunas necesidades irracionales que ella es capaz de satisfacer mejor que cualquier otra cosa. Aunque pueda parecer unilateral, el diagnóstico de Nietzsche ha dado en la diana»[10].

Un cristianismo que no es capaz de mover a la persona, de suscitar lo humano, ha conducido a un desinterés hacia el mismo cristianismo, convirtiéndolo en algo irrelevante. En muchos casos no se trata de una rebelión contra la propuesta cristiana; en la mayoría de los casos el cristianismo ha perdido simplemente el interés, se ha vuelto irrelevante. Esto indica que el despertar del "yo", el sentido religioso, no es algo útil únicamente antes de la fe, sino que resulta decisivo en cualquier momento: es su auténtica verificación. ¿Acaso pensamos que podemos actuar de forma distinta a los demás sin hacer esta verificación? ¿No acabaremos como todos? ¿No terminaremos también nosotros perdiendo el interés por la propuesta cristiana si no hacemos el camino que nos propone don Giussani?

Por eso, amigos, el mismo don Giussani expresa en una frase sintética el reto que tenemos ante nosotros: «Me había persuadido profundamente de que una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto a ella»[11]. Ésta es la cuestión decisiva: la necesidad de precisar una experiencia que pueda resistir. Por eso, en la frase que acabo de citar, don Giussani nos ofrece una triple clave para comprender si estamos haciendo el camino apropiado: que la fe sea una experiencia presente (no el relato de hechos al que luego cada uno añade algo como un pegote), una experiencia juzgada, no una repetición de fórmulas, frases o comentarios; que la fe encuentre la confirmación de su utilidad para la vida en la experiencia presente, en la

[10] E.L. Fortin, *The Regime of Separatism: Theoretical Considerations on the Separation of Church and State*, en Id., *Human Rights, Virtue, and the Common Good*, U.S.A., 1996, p. 8.

[11] L. Giussani, *Educar es un riesgo*, op. cit., p. 19.

experiencia misma (si no es así, siempre necesitaremos un suplemento de certeza "que venga de fuera"); que la fe sea capaz de resistir en un mundo en el que todo dice lo contrario.

Sólo si somos conscientes de la lucha en la que estamos inmersos, podremos tomarnos en serio el trabajo que estamos haciendo, y comprender las razones por las que Giussani ha hecho lo que ha hecho. Aquí radica la razonabilidad de la fe: en su capacidad de exaltar lo humano para poder percibir la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida. ¡El cristianismo y el hombre comparten la misma suerte!

Esta experiencia presente de la fe es decisiva para que la novedad que se ha introducido en la historia y en nuestra vida a través del Bautismo pueda perdurar, pueda resistir en nosotros como conciencia, como nos recordaba el Papa recientemente en la Misa Crismal: «San Pedro, en su gran catequesis bautismal, ha aplicado dicho privilegio y cometido de Israel a toda la comunidad de los bautizados, proclamando: "Vosotros, en cambio, sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa. Los que antes erais *no-pueblo,* ahora *sois pueblo de Dios*" (*1 P* 2,9-10). El Bautismo y la Confirmación constituyen el ingreso en el Pueblo de Dios, que abraza todo el mundo; la unción en el Bautismo y en la Confirmación es una unción que introduce en ese ministerio sacerdotal para la humanidad. Los cristianos son un pueblo sacerdotal para el mundo. Deberían hacer visible en el mundo al Dios vivo, testimoniarlo y llevarle a Él. Cuando hablamos de nuestra tarea común, como bautizados, no hay razón para alardear. Eso es más bien una cuestión que nos alegra y, al mismo tiempo, nos inquieta: ¿Somos verdaderamente el santuario de Dios en el mundo y para el mundo? ¿Abrimos a los hombres el acceso a Dios o, por el contrario, se lo escondemos? Nosotros –el Pueblo de Dios– ¿acaso no nos hemos convertido en un pueblo de incredulidad y de lejanía de Dios? ¿No es verdad que el Occidente, que los países centrales del cristianismo están cansados de su fe y, aburridos de su propia historia y cultura, ya no quieren conocer la fe en Jesucristo? Tenemos motivos para gritar en esta hora a Dios: "¡No permitas que nos convirtamos en *no-pueblo*! ¡Haz que te reconozcamos de nuevo! Sí, nos has ungido con tu amor, has infundido tu Espíritu Santo sobre nosotros. Haz que la fuerza de tu Espíritu se haga nuevamente eficaz en nosotros, para que demos testimonio de tu mensaje con alegría. No obstante toda la vergüenza por nuestros errores, no debemos olvidar que también hoy existen ejemplos luminosos de fe; que también hoy hay personas que, mediante su fe y su amor, dan esperanza al mundo. Cuando sea beatificado, el próximo uno de mayo, el Papa Juan Pablo II,

pensaremos en él llenos de gratitud como un gran testigo de Dios y de Jesucristo en nuestro tiempo, como un hombre lleno del Espíritu Santo»[12].

El beato Juan Pablo II es un testigo de excepción para afrontar estos días, pues en él resulta evidente que es posible vivir hoy como cristianos. Tenemos razones evidentes para sentir especialmente cercano el evento de la beatificación de su persona, por la historia que nos ha unido a él, porque podemos responder a lo que él mismo nos había recomendado: «Cuando un movimiento es reconocido por la Iglesia, se convierte en un instrumento privilegiado para una adhesión personal y siempre nueva al misterio de Cristo. No permitáis jamás que en vuestra participación anide la carcoma de la costumbre, de la "rutina", de la vejez. Renovad continuamente el descubrimiento del carisma que os ha fascinado y él os llevará más poderosamente a haceros servidores de esta única potestad que es Cristo Señor»[13]. ¿Cómo no sentir especialmente vivo este reclamo suyo en un momento como el actual, que coincide con su beatificación? ¿Hay alguno entre nosotros que no sienta estas palabras como una llamada particularmente intensa a la conversión? Sólo podremos responder adecuadamente a esta tarea si seguimos el carisma que nos ha fascinado, como trataremos de hacer durante estos Ejercicios.

Pidamos a Juan Pablo II y a don Giussani, al comienzo de este gesto, que nos hagan estar disponibles a la gracia de Cristo, que no deja de salir a nuestro encuentro, para que podamos llegar a ser testigos como ellos lo fueron.

Un gesto de estas dimensiones es imposible sin la contribución y el sacrificio de cada uno de nosotros en la atención a los avisos, al silencio, a las indicaciones. Cada una de estas cosas es la forma inmediata de nuestra petición a Cristo, para que tenga piedad de nuestra nada, para que no nos convirtamos en un no-pueblo. Porque en esto consiste la lucha, amigos; no se trata de poner las cosas en su sitio, porque el riesgo que corremos es perder el interés, convertirnos en no-pueblo, como muchos a nuestro alrededor. Y todos sabemos que necesitamos el silencio, un silencio que nos permita dejar penetrar hasta la médula todo lo que se nos diga, un silencio que se convierta en grito, en petición a Cristo para que tenga piedad de nosotros, de nuestra nada.

---

[12] Benedicto XVI, *Santa Misa Crismal*, 21 de abril de 2011.

[13] Juan Pablo II, *Discurso a los sacerdotes participantes en la experiencia del movimiento «Comunión y Liberación»,* 12 de septiembre de 1985.

SANTA MISA

HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO

«Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos» (*Jn* 21,14). Su presencia física, real, esta vida nueva, había irrumpido en la vida de los apóstoles prácticamente cada día; y sin embargo estaban tristes, la noche había sido infructuosa. Pedro pensaba que podía entrar en relación con esa nueva presencia del Señor según lo que ya sabía, según lo que era capaz de hacer: «Me voy a pescar». Pero no sucede nada, una infecundidad total.

Sólo la iniciativa de Cristo, sólo el suceder real de la novedad de Su presencia, es capaz de abrir toda nuestra humanidad. Pero hay un detalle: ser aferrados por Cristo, por Él, no por nuestras imágenes, no por lo que ya sabemos, ni siquiera por la riqueza del patrimonio de tantos años de historia con Él en el movimiento, ser aferrados por Cristo sucede, para Pedro y para los demás, a través de aquel que vivía hasta el fondo el drama de su humanidad, del que estaba más atento: Juan es el primero en darse cuenta de su presencia. Su grito desgarra nuestra somnolencia, nuestra presunción, nuestra distracción: «¡Es el Señor!». Don Giussani es esto para nosotros, el carisma es esto: la posibilidad concreta de ser agarrados de nuevo, pero agarrados ahora, porque hay una voz que grita ahora –mar de Tiberíades o mar de Rímini, es lo mismo, no han diferencia alguna–, hay un rostro, una mano que nos indica esta Presencia que nos aferra uno a uno. «Es el Señor».

Pidamos a la Virgen para cada uno de nosotros la gracia de no dormir y de no resistirnos.

Sábado 30 de abril, por la mañana

A la entrada y a la salida:
Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto para piano y orquesta n. 23 en la mayor, KV488
Wilhelm Kempff, piano
Ferdinand Leitner – Bamberger Symphoniker, Decca

Don Pino. El que está en Cristo es una criatura nueva, porque Cristo es algo que me está sucediendo ahora.

Angelus

Laudes

■ **PRIMERA MEDITACIÓN**
Julián Carrón

El «misterio eterno de nuestro ser»

Si hubiésemos podido preguntar a la Virgen cómo había empezado a concebirse a sí misma, sorprendiéndose en acción después del anuncio del ángel, habría utilizado palabras parecidas a éstas de don Giussani: «Toda la personalidad de la Virgen brota del instante en que se le dice: "Dios te salve, María"; es decir, del instante en que percibe el signo, la llamada. A partir del instante del anuncio asume su puesto en el universo y frente a la eternidad. Se establece una fuente totalmente nueva de moralidad en su vida. Brota un sentimiento de sí profundo, misterioso: una veneración de sí, un sentimiento de grandeza comparable sólo al sentido de su nada, en la que nunca ha pensado de ese modo»[14].

¿Hay alguno entre nosotros al que no le gustaría vivir toda la vida dominado por este sentimiento de sí tan profundo y misterioso, por este sentido de grandeza, cuanto más consciente se es de la propia nada? Y si hubiésemos dirigido la misma pregunta a Andrés después del encuentro con Jesús, ese encuentro que le había llenado de silencio en el camino de vuelta a casa, habría podido intuir lo que le estaba sucediendo mirando a su mujer y sus hijos: «Y cuando volvieron, por la noche, al acabar la jornada –probablemente recorriendo en silencio el camino, porque jamás habían hablado entre sí como

[14] L. Giussani, *Toda la tierra desea ver tu rostro*, San Pablo, Madrid 2000, pp. 125-126.

en aquel gran silencio en el que Otro había hablado, en el que Él continuaba hablando y resonando dentro de ellos– y llegaron a casa, la mujer de Andrés, mirándole, le dijo: "¿Qué te pasa, Andrés, qué te pasa?". Y sus niños, asombrados, miraban a su padre: era él, sí, era él, pero era "más" él, era distinto. Y cuando –como dijimos una vez conmovidos con una imagen fácil de pensar porque es muy realista–, ella le preguntó: "¿Qué ha pasado?", él la abrazó, Andrés abrazó a su mujer y besó a sus hijos: era él, ¡pero jamás la había abrazado así! Era como el alba, o la aurora, o el amanecer de una humanidad distinta, de una humanidad nueva, de una humanidad más verdadera. Como si dijese: "¡Por fin!", sin creer a sus propios ojos. ¡Pero era demasiado evidente para no creer a los propios ojos!»[15].

¡Qué intensidad humana! ¿Hay alguien al que no le gustaría sentir la vibración de una humanidad tan nueva que le permitiera abrazar a su mujer de este modo? ¿Hay alguna mujer a la que no lo gustaría sentirse abrazada así? ¡No un discurso, sino sentirse abrazada así! ¡No un marido que le repita el discurso correcto, sino que le ayude a hacer experiencia de lo que le dice abrazándola así! ¿Y a qué hijo no le gustaría mirar a su padre, cuando ya todo ha comenzado a decaer por la lógica normal de la vida, y decir lleno de asombro: «Es él, pero es más él ahora que cuando era joven»?

Tal vez alguno pueda pensar que la Virgen y Andrés experimentaban el otro mundo en este mundo porque era la primera vez. Luego se les pasaría, como a todos, se desinflarían. Es como si esto confirmara nuestro escepticismo: fue así, pero luego todo decae. Pero que no termina así lo hemos visto todos con nuestros ojos, ¡todos! ¿Quién no recuerda la imponencia del testimonio de don Giussani en la plaza de San Pedro cerca ya del final de su vida? «"¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?". Ninguna pregunta me ha impresionado en la vida tanto como ésta. Solamente ha habido un Hombre en el mundo que podía responderme, planteando una nueva pregunta: "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si luego se pierde a sí mismo? O, ¿qué podrá dar el hombre a cambio de sí?". ¡No he escuchado jamás dirigirme ninguna otra pregunta que me dejara tan cortada la respiración como ésta de Cristo! Ninguna mujer ha escuchado jamás otra voz que hablara de su hijo con la misma ternura original, con la misma valoración indiscutible del fruto de su seno, con semejante afirmación totalmente positiva de su destino: únicamente la voz del hebreo Jesús de Nazaret. Pero, más aún: ¡ningún hombre puede sentirse afirmado mejor, con la dignidad de quien tiene un valor absoluto que está por encima

[15] L. Giussani, *El tiempo apremia*, Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación. Apuntes de las meditaciones. Suplemento de la revista *Litterae Communionis*, 1994, pp. 21-23.

de cualquier logro suyo! ¡Nadie en el mundo ha podido jamás hablar así! Solamente Cristo se toma toda mi humanidad en serio. Es lo que llenaba de estupor a Dionisio el Areopagita (s. V): "¿Quien podrá hablarnos del amor singular que tiene Cristo al hombre, desbordante de paz?". ¡Me repito estas palabras desde hace más de cincuenta años!»[16].

Cada uno puede comparar esto consigo mismo, comparar su experiencia humana y la que nos testimonian estos hombres y mujeres. No para sentirlo como el enésimo reproche por el hecho de no dar la talla –por nuestra tendencia habitual a reducir todo en términos moralistas–, sino para ser conscientes de lo que nos estamos perdiendo. ¡Lo que nos perdemos es esta intensidad, esta vibración! Y todos nosotros sabemos que es verdad, lo hemos experimentado en ciertos momentos de la vida. ¡Pero qué distancia hay muchas veces entre esos hombres y nosotros! Amigos, estamos juntos para acompañarnos, para sostenernos, para testimoniarnos mutuamente que en medio de todos nuestros límites –los límites no tienen nada que ver, dejemos de lamentarnos, ¡no tienen nada que ver!– es posible vivir así.

Ahora bien, lo primero que debemos comprender, con la compañía insustituible de don Giussani, es por qué nos afecta esta reducción.

1. La confusión del "yo"

«Sobre la palabra "yo" existe hoy una gran confusión, y sin embargo es de primordial interés comprender qué es *mi sujeto*. Porque mi sujeto, de hecho, está en el centro, en la raíz de todos mis actos (acto es también un pensamiento). La acción es la dinámica mediante la que yo entro en relación con cualquier persona o cosa. Si descuido mi "yo", es imposible que sean mías las relaciones con la vida, que la misma vida (el cielo, la mujer, el amigo, la música) sea mía. […]: hoy la palabra "yo" evoca para la inmensa mayoría algo confuso y fluctuante, un término que se usa por comodidad con mero valor indicativo (como "botella" o "vaso"). Pero detrás de esta palabreja ha dejado de vibrar cualquier cosa que indique con vigor y claridad qué clase de concepto y sentimiento posee el hombre del valor de su propio "yo". Por ello puede decirse que vivimos una época en que la civilización parece fenecer, pues una civilización evoluciona en la medida en que favorece que salga a la superficie y quede claro el valor de cada "yo" individual. Y, al contrario, atravesamos tiempos en los que

[16] L. Giussani, «En la sencillez de mi corazón te he dado todo con alegría», en L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, pp. 11-12.

se favorece una enorme confusión en torno al contenido de la palabra "yo"»[17].

Es lo que describe –por poner un ejemplo– este pasaje de la novel de Roth *La contravida*: «Todo lo que puedo decirte con certeza es que yo, por ejemplo, no tengo un yo, y que no quiero o no puedo someterme a la bufonada de un yo. Lo que tengo en lugar del yo es una variedad de interpretaciones en las que puedo producirme, y no sólo de mí mismo: toda una *troupe* de actores que he interiorizado, una compañía estable a la que puedo dirigirme cuando necesito un yo, un stock de libretos y papeles que forman mi repertorio. Pero seguramente no poseo un yo independiente de mis engañosos intentos artísticos de tener uno. Y no lo querría. Soy un teatro y nada más que un teatro»[18].

¡Una experiencia que no responda a esta mentalidad tan difundida, a pesar de todas las reuniones e iniciativas que llevamos a cabo, está derrotada! Es el eclipse de la humanidad, como dice de nuevo Heschel: «La incapacidad de percibir nuestro valor […] es de por sí un castigo terrible»[19], que sufrimos en nuestra propia carne todos los días.

Pero, ¿cómo ha llegado a suceder esto? «La primera constatación que surge, al comenzar cualquier investigación seria sobre lo que constituye nuestro sujeto, es que la confusión que predomina actualmente detrás de la frágil máscara (casi un *flatus vocis*) de nuestro yo, procede, en gran parte, de un influjo exterior a nuestra persona. Es preciso tener bien en cuenta la influencia decisiva que ejerce sobre nosotros lo que el Evangelio llama "el mundo", que se presenta como enemigo de la formación estable, digna y consistente de la personalidad humana. Existe una fortísima presión del mundo que nos rodea (a través de los medios de comunicación de masas, pero también por medio de la escuela o la política) que influye en nosotros y acaba por impedir –en forma de prejuicio– cualquier intento de tomar conciencia de nuestro propio yo»[20].

¿Qué es este "mundo", esta influencia externa? Es el poder –como nos ha dicho don Giussani en muchas ocasiones–, que no permanece externo a nosotros (como dice Bernanos, hablando de la opinión dominante: «Frente a ella se agotan las energías, se empobrecen los caracteres, pierden su claridad las sinceridades»[21]), sino que, por el contrario, penetra tan profundamente en nosotros que nos convertimos en extraños para nosotros mismos. ¡Ojalá fuese sólo una persecución exterior y permaneciese intacta nuestra autoconciencia, ojalá! «Lo que nos rodea, la mentalidad dominante, la cultura que

[17] L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 7.9.
[18] P. Roth, *La controvita*, Einaudi, Torino 2010, p. 388; *La contravida*, Planeta 2007.
[19] A.J. Heschel, *Chi è l'uomo?*, Se, Milano 2005, p. 43.
[20] L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., p. 8.
[21] G. Bernanos, *Un uomo solo*, La Locusta, Vicenza 1997, p. 41.

nos invade, el poder, produce una extrañeza con respecto a nosotros mismos [¡nos arranca el alma!]: es como si ya no hubiera ninguna evidencia real más que la moda, porque la moda es un proyecto del poder»[22].

Escuchemos de nuevo a don Giussani: «La mentalidad común, creada por los medios de comunicación y por toda la trama de instrumentos que tiene el poder –que se espesan cada vez más, lo que hace decir a Juan Pablo II que el peligro de la época que estamos atravesando es la abolición del hombre por parte del poder–, altera el sentido de uno mismo, el sentimiento de sí, más concretamente, atrofia el sentido religioso, atrofia el corazón, mejor aún, lo anestesia totalmente (una anestesia que puede convertirse en coma, pero es una anestesia)»[23].

Un signo de esta alteración del sentido de nosotros mismos, de esta extrañeza, es la lectura que hacemos de nuestras necesidades. Por eso nos advierte don Giussani: «Hay que estar muy atentos porque con demasiada facilidad no partimos de nuestra verdadera experiencia, es decir, de la experiencia completa y genuina. En efecto, a menudo identificamos la experiencia con impresiones parciales, reduciéndola así a una caricatura, como sucede frecuentemente en el campo afectivo, al enamorarse o soñar sobre el porvenir. Y, más a menudo todavía, confundimos la experiencia [aunque no se nos caiga de la boca esta expresión] con los prejuicios o con los esquemas quizá inconscientemente asimilados del ambiente que nos rodea ["coinciden" de tal forma con nosotros mismos que creemos que son nuestros: ¡hasta este punto llega la influencia del poder!]. De ahí que en vez de abrirnos con esa actitud de espera, de atención sincera, de dependencia, que la experiencia nos sugiere y exige profundamente, le imponemos a la experiencia categorías y explicaciones que la bloquean y angustian, presumiendo de comprenderla [imponemos los esquemas a la experiencia: sólo se cuentan hechos, que no aportan claridad alguna sobre nosotros mismos, sólo comentarios, lo que quiere decir que no hay experiencia alguna]. El mito del "progreso científico que resolverá un día todas nuestras necesidades" es la fórmula moderna de esta presunción, una presunción salvaje y repugnante: no considera nuestras auténticas necesidades, ni siquiera sabe en qué consisten; se niega a observar la experiencia con mirada clara, y a aceptar lo humano en toda su exigencia. Por eso la civilización de nuestros días hace que nos movamos ciegamente entre esta exasperada presunción y la más oscura desesperación»[24].

---

[22] L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, Bur, Milano 2010, p. 182.
[23] *Ibidem*, pp. 364-365.
[24] L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, p. 60.

Dice el estudiosos francés Rey: «Estamos tan acostumbrados a esta miseria que la mayoría de las veces ni siquiera la percibimos»[25]: nos contentamos.

Pero Giussani nos advierte de que esta influencia del poder es directamente proporcional a nuestra impotencia. ¿Por qué lo dice? Porque «ningún hecho humano puede atribuirse en su totalidad a meras circunstancias exteriores, ya que la libertad del hombre, aún debilitada, sigue siendo un signo indeleble de la criatura de Dios»[26]. El pecado original ha debilitado mi "yo", pero yo sigo siendo criatura de Dios, no me identifico con una pieza del mecanismo de las circunstancias del poder. Esto quiere decir que esta incidencia tan fuerte del poder en nosotros tiene lugar también gracias a nuestra connivencia. Lo que podría parecer una acusación ulterior de Giussani, en realidad se convierte para él en el recurso para el contraataque. El hombre no está definitivamente derrotado. Y por eso nos dice: «No hablamos del poder porque tengamos miedo, hablamos del poder para despertarnos del sueño. La fuerza del poder es nuestra impotencia. […] En cualquier caso, nosotros no tenemos miedo del poder, sino de la gente que duerme y, por tanto, permite al poder hacer lo que quiera de ellos. El poder adormece a todos lo más que puede. Su gran sistema, su gran método es el de adormecer, anestesiar o, mejor todavía, atrofiar. Pero, ¿qué atrofia el poder? Atrofia el corazón del hombre, las exigencias del hombre, los deseos, busca imponer una imagen de deseo o de exigencia distinta de ese ímpetu sin límite que tiene el corazón. El resultado de esta educación es gente limitada, acabada, prisionera, medio cadáver, es decir, gente impotente»[27].

Es esa «somnolencia de los discípulos [que] sigue siendo a lo largo de los siglos una ocasión favorable para el poder del mal»[28] de la que habla el Papa en su reciente libro.

¿Cómo podemos saber que el poder no tiene razón? «Tú sabes qué hay en el corazón del hombre, porque está en ti. ¿Cuál es el criterio para comprender la verdad sobre el hombre (lee *El sentido religioso*)? La reflexión sobre uno mismo en acción [¡no un discurso correcto y limpio!]. No hay otro criterio»[29]. ¡No hay otro!

Pero, como nos recordaba Hannah Arendt: «Por desgracia, parece que es mucho más fácil condicionar el comportamiento humano y hacer que la gente se conduzca de la manera más inesperada y atroz que convencer a todo

---

[25] O. Rey, *Itinéraire de l'égarement*, Seuil, Paris 2003, p. 17.

[26] L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2004, p. 51.

[27] L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 173-174.

[28] Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Encuentro, Madrid 2011, p. 181.

[29] L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 365.

el mundo para que aprenda de la experiencia, tal como suele decirse: a saber empezar a pensar y a juzgar en lugar de aplicar categorías y fórmulas profundamente enraizadas en nuestra mente»[30]. ¡Qué ayuda nos ofreceríamos unos a otros si nos acompañásemos en esto!

Me escribe una amiga: «Querido Julián, el jueves pasado quedé a comer con algunos amigos de nuestro grupo y con nuestro responsable. Tratamos de retomar el trabajo sobre el cuarto capítulo de *El sentido religioso*. Empezamos a contarnos hechos que habían sucedido esa semana, hechos que nos habían impresionado especialmente, por motivos positivos o negativos, y que habían suscitado en nosotros un cierto tipo de asombro, alegría o dolor. Sin embargo, nuestro responsable nos invitaba a buscar en lo que había sucedido "los factores constitutivos de nuestro yo", sin caer en respuestas ya sabidas y conciliadoras [me consuela saber que no pasa sólo conmigo…]. No te oculto que fue un trabajo muy provocador y, por lo que a mí respecta, incluso doloroso. Me di cuenta de que, a menudo, el grito y la exigencia de bondad, justicia y belleza, ante las circunstancias de la vida, es ahogado, y estoy tentada de dejar que se ahogue. Mi grito auténtico, el mío. No el de mis compañeros de trabajo, sino el mío. No el de los amigos del movimiento, sino el mío. El mío, que es absolutamente original y me hace percibir esa desproporción inmensa, esa ausencia, esa espera. Es como estar al descubierto, no te puedes esconder detrás de lo ya sabido o detrás de los amigos "que piensan como tú". Estás tú y ese misterio inmenso que es tu grito frente a las circunstancias, en las circunstancias que más te importan. Es un grito vertiginoso, y con frecuencia tengo miedo de él. Paradójicamente, he necesitado un amigo para poder mantenerme ante mi grito. He necesitado el testimonio de este amigo mío, que nos ha desafiado a todos: él estaba "solo" contra todos, y sin embargo, nunca lo he sentido tan amigo como entonces. El trabajo acaba de empezar».

Amigos, debemos decidir continuamente si queremos seguir verdaderamente a don Giussani, o nos quedamos únicamente en la intención de seguirle, para después añadir como un pegote nuestros pensamientos a los hechos. Porque sólo si nos sorprendemos en acción, como él nos enseña, podremos sacar a la luz todo lo que somos. Para hacer este trabajo, contamos con la ayuda del capítulo quinto de *El sentido religioso* (para continuar nuestro recorrido), en donde Giussani describe la verdadera naturaleza del "yo", de un "yo" que no está reducido. Cada uno puede comparar esa vibración humana y el apagarse del deseo en el que nos encontramos muchas veces, y en el cual, como dice don Giussani, tiene su origen «la desorientación actual de los jóvenes y el cinismo de los adultos»[31].

---

[30] H. Arendt, *Responsabilidad y juicio*, Paidós, Barcelona 2007, p. 65.

[31] L. Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Encuentro, Madrid 2001, p. 154.

2. El «misterio eterno de nuestro ser»

«Nada hay tan fascinante como el descubrimiento de las dimensiones reales que tiene nuestro "yo"; nada está tan repleto de sorpresas como el descubrimiento de nuestro rostro humano»[32], dice de nuevo don Giussani. Por eso se trata de una aventura apasionante, pero –como acabamos de escuchar–, para lanzarnos a esta aventura y vencer la extrañeza con respecto a nosotros mismos hace falta alguien que nos ayude a mirar nuestro rostro humano, alguien que no se asuste de mi humanidad. Como escribe una chica a un amigo: «En este momento siento la necesidad de hablar contigo, ahora que esas preguntas que durante tanto tiempo he tenido escondidas dentro de mí, encerradas y encadenadas, han explotado finalmente. Finalmente... Todo ha conspirado y conspira contra mí, todo, hasta mi madre me decía: "Estate tranquila, se te pasará esa tristeza"; o también: "No pienses en ello"... Pero no se me ha pasado, y no he dejado de pensar en ello, porque es una necesidad de sentido atenazante, que no me deja y me atormenta sin cesar cada día, en todo momento, sin tregua. Todos han tratado de domesticarme, de tranquilizarme, de ahorrarme el sufrimiento y de hacer que todo sea más soportable; han tratado de sedar un corazón inquieto que, sin embargo, nunca tenía intención de dejar de desear y de pedir más. Después has llegado tú. Nunca había tenido un amigo como tú. Eres el único que no se ha espantado ni escandalizado ante mi dolor y ante mi exigencia de infinito. Nadie me ha mirado nunca como tú. Mi corazón ha temblado, ha vibrado como nunca. Me he visto repentinamente invadida por la conciencia amarga de que hasta ahora nadie me había mirado como deseaba verdaderamente, pues todos dejaban a un lado mi urgencia incómoda, compartiendo conmigo todo, menos lo que era indispensable. Pero una vida que no considera mi humanidad, las exigencias más viscerales e íntimas, no es vida, no es ni siquiera muerte, es sólo un llanto desesperado. Yo no puedo dejar a un lado mi búsqueda de sentido, pues si lo hago me ahogo, no pudo seguir adelante, todo se vuelve igual, plano, inútil, aburrido y terriblemente insoportable. El encuentro contigo ha creado en mí una pretensión con relación a toda mi vida, a cada segundo, y ya no quiero seguir viviendo por menos de esto. Has encendido en mí una pasión, un gusto que nunca había saboreado. Necesito junto a mí personas que estén a la altura del pensamiento que domina mi vida, personas con las que pueda en cada momento hablar de lo que realmente vale. Quiero estar contigo porque no me reduces, no me niegas, no me mortificas, no me consuelas y no tratas de darme una respuesta, no tratas de distraerme o de levantarme la moral, sino

[32] L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., p. 8.

que compartes conmigo la espera, la pregunta, la nobleza de nuestro dolor, la grandeza de ese deseo ilimitado y la desproporción que crea. Te necesito porque me haces mirar a la cara y estar en pie ante este terrible pero querido dolor, ante este terrible pero querido pensamiento que me hace tan humana».

Pensemos en la Samaritana: la mirada de aquel Hombre desveló justamente la verdadera naturaleza de su «sed»[33], igual que le ha pasado a esta chica con su amigo.

Por tanto, «el punto de partida para investigar lo que nos interesa está en nuestra propia experiencia, en nosotros-mismos-en-acción. […] El factor religioso representa la naturaleza de nuestro yo en cuanto se expresan ciertas preguntas: "¿Cuál es el significado último de la existencia?", "¿Por qué existe el dolor, la muerte?", "¿Por qué vale la pena realmente vivir?"»[34].

La primera característica de estas preguntas es que son inextirpables: «Estas preguntas arraigan en el fondo de nuestro ser: son *inextirpables*, porque constituyen como el tejido del que está hecho»[35]. Afirma de nuevo Heschel: «A pesar de los fracasos y las frustraciones, seguimos estando obsesionados por esta pregunta inexpresable, y no sabemos aceptar la idea de que la vida esté vacía, de que carezca de significado»[36]. Y, como dice Leopardi, a pesar del naufragio universal, la pregunta permanece: «Al igual que una torre / en campo solitario, / estás solo, gigante, en medio de ella»[37]. Ese pensamiento dominante, «terrible, mas valioso»[38] es el indicio de algo que no se ahoga en el contraste señalado, que emerge de nuevo desde el naufragio universal, algo que «la infinita vanidad del todo»[39] no consigue eliminar. Pensemos en el hijo pródigo: cuando se da cuenta de la infinita vanidad de las cosas, su urgencia humana se hace más aguda que antes.

Por eso, la segunda característica de estas preguntas es que son inagotables, llevan dentro una exigencia de totalidad: «En tales preguntas el aspecto decisivo nos lo muestran los adjetivos y adverbios: ¿cuál es el sentido *último* de la vida? ¿*En el fondo*, de que está hecha la realidad? ¿Por qué vale *verdaderamente* la pena que yo exista, que exista la realidad? Son preguntas que agotan la energía, toda la energía para investigar que tiene la razón. Preguntas que exigen una respuesta total, que cubra por entero el horizonte de la razón, agotando todas las "categorías de lo posible". En efecto, la razón tiene una

---

[33] *Jn* 4,15.
[34] L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 71.
[35] *Ibidem*, p. 73.
[36] A.J. Heschel, *Chi è l'uomo?*, op. cit., p. 71.
[37] G. Leopardi, «El pensamiento dominante», vv. 18-20.
[38] *Ibidem*, v. 3.
[39] G. Leopardi, «A sí mismo», v. 16.

coherencia que no le permite detenerse si no llega exhaustivamente hasta el fondo de todo, hasta el final. "Bajo el denso azul / del cielo un ave marina vuela; / nunca descansa, porque todas las imágenes llevan escrito: / 'más allá'"»[40]. Empezar a reconocer esto se convierte en luz para el camino de la vida. Mirad lo que dice don Giussani comentando este pasaje de Montale: «El problema es, de hecho, no vivir las relaciones como si fuesen "dioses", como si fuesen relaciones con lo divino; son relaciones con el signo, y por tanto no pueden cumplir; pueden convertirse en camino, paso, signo, pueden remitir, como decía Clemente Rebora en la poesía que he citado en *El sentido religioso*: "No es aquí, no es para esto"; todas las cosas que aferras te dicen: "No es aquí, no es para esto, ¡no es para esto!". Y Montale, desde un punto de vista pagano, ateo, dice: todas las cosas gritan de forma extraña, llevan escrito "más allá". Y entonces deben tratarse no como si dijesen: "Yo soy todo"; y esto permite gozar más las cosas, las personas, porque, por ejemplo, es mucho más fascinante ser compañeros de un camino que cómplices de un goce provisional»[41].

Cada uno de nosotros puede elegir.

Por eso, una persona verdaderamente atenta a la experiencia no puede dejar de reconocer la desproporción estructural que constituye nuestro "yo", y que Leopardi ha descrito de forma insuperable en este texto: «El no poder estar satisfecho de ninguna cosa terrena, ni, por así decirlo, de la tierra entera; el considerar la incalculable amplitud del espacio, el número y la mole maravillosa de los mundos, y encontrar que todo es poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo; imaginarse el número de mundos infinitos, y el universo infinito, y sentir que nuestro ánimo y nuestro deseo son aún mayores que el mismo universo, y siempre acusar a las cosas de su insuficiencia y de su nulidad, y padecer necesidades y vacío, y, aún así, aburrimiento, me parece el mayor signo de grandeza y de nobleza que se pueda ver en la naturaleza humana»[42].

¡Qué sentimiento de grandeza! «La imposibilidad de agotar esas preguntas exalta la *contradicción* que hay entre el ardor de la exigencia y la limitación de la capacidad humana para buscar. Y, aún así, leemos con gusto aquellos textos en cuya temática resuena la vibración de esas preguntas y la dramaticidad de nuestra desproporción»[43]. Esta contradicción irresoluble es el «Misterio eterno / de nuestro ser»[44], que entre nosotros es lo que más falta,

---

[40] L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 73.

[41] L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 385.

[42] G. Leopardi, «Pensamiento LXVIII», en *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, pp. 465-466.

[43] L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 75.

[44] G. Leopardi «Sobre el retrato de una bella mujer esculpido en el monumento sepulcral de la misma», vv. 22-23.

y justamente por la razón a la que nos hemos referido: por la influencia que tiene el poder sobre nosotros, con nuestra connivencia. No falta Dios, falta el misterio de nuestro "yo", ¡ese eterno misterio de nuestro ser! Por eso no tenemos necesidad de Él, y buscamos la respuesta donde la buscan todos.

Pero cuando uno empieza a experimentar de forma reflexiva este misterio eterno de su propio ser, entonces comienza a vencer esa confusión que arruina la vida, y descubre en sí una claridad de juicio única. Aquí tenéis el ejemplo dramático de un amigo que me escribe: «Querido Julián, quería contarte un hecho que está trastocando mi vida. Lo hago después del reclamo que nos hiciste en la última Escuela de comunidad cuando, citando el texto del canto *Il mio volto*, nos decías: "'Miro dentro de mí y veo la oscuridad sin fin'. Si no sorprendemos esto es porque lo que más nos falta –volveré sobre ello en los Ejercicios de la Fraternidad– es el sentido del Misterio. Esto se ve en el hecho de que nosotros, al final, buscamos la satisfacción de la vida donde la buscan todos". Pues bien, yo, que estoy en CL desde hace años, que estoy casado y tengo hijos, me he enamorado de una chica. He necesitado algún tiempo para comprenderlo, porque en el fondo no quería admitirlo, pero es así. Trataba de rechazar esta evidencia "añadiendo a Cristo" a nuestra amistad, pero era evidente que se trataba únicamente de un consuelo psicológico para no mirar la deriva de mi "yo". Cada fibra de mi ser vibra ante el rostro de esa persona. Si me he armado de valor y he decidido escribirte es porque después de la Escuela de comunidad sobre el capítulo "El sentido religioso: el punto de partida", he empezado a mirar mi situación hasta el fondo, para sorprender en acción los factores constitutivos de mi "yo". Y he descubierto que soy verdaderamente una necesidad ilimitada, una necesidad que no puede satisfacer ni siquiera un rostro hermoso y puro como el de esa chica. Ha sido suficiente con un instante en el que he reconocido esta evidencia para que la confusión alimentada por esta situación se haya disuelto, sin eliminar el sacrificio enorme de la distancia de ella y el dolor que experimento cuando pienso en mi mujer, a la que quiero con toda el alma, en mis preciosos hijos, en mis amigos y testigos. Por primera vez percibo hasta el fondo el misterio de mi ser, su amplitud infinita y al mismo tiempo su nulidad y pequeñez. La sorpresa es que, dentro de todo este dolor, veo ante mí la belleza y la conveniencia del camino verdaderamente humano que nos estás proponiendo, con una decisión y una franqueza que son para mí el signo más grande de la ternura de Dios por mi nada. Si Cristo no fuese una presencia real para mí, no sería capaz de mirarme así. Y estoy verdaderamente agradecido por esto, porque no tengo que desechar nada de mi humanidad, es más, todo lo que me está sucediendo es una provocación que me empuja a preguntarme de Quién soy, a Quién quiero dar toda mi vida. Ya no quiero vivir como si tuviese el encefalograma plano».

Sólo así se puede resolver la vida superando un moralismo estéril. Si somos capaces de mirar hasta el fondo el misterio de nuestro ser, percibimos que todo es pequeño para la capacidad del ánimo –¡cuántas complicaciones en la vida por no comprender esto!–, porque no resuelve nada irse detrás de la primera que pasa, no resuelve nada, sino que lo complica todavía más, para terminar encontrándonos como al principio. Y ante algo así no podemos responder de forma moralista: «Está prohibido», para luego decirnos a nosotros mismos: «En el fondo me estoy perdiendo lo mejor». ¡Significa que no hemos comprendido nada! Como dice Gertrud von le Fort: cualquier cosa, considerada desde el punto de vista religioso, adquiere lucidez y claridad.

De este modo, mirarnos a nosotros mismos por el misterio que somos nos permite comprender lo que hay en nosotros (y que tantas veces nos desconcierta), como, por ejemplo, la tristeza, «la gran *tristeza*, característica fundamental de la vida consciente de sí, "deseo de un bien ausente", como decía santo Tomás»[45]. Cuando siento tristeza es porque deseo un bien que está todavía ausente. Por eso, ser conscientes del valor de esa tristeza se identifica con la conciencia de la estatura de la vida y con el sentimiento de su destino. Y entonces uno puede percibir la verdad de esta tristeza como nos la describe Dostoievski (¡todo menos una desgracia!): «Aquella eterna y santa tristeza que algunas almas elegidas, una vez saboreada y conocida, nunca cambian por una satisfacción barata»[46].

Y refiriéndose a Dostoievski, prosigue don Giussani: «Si la tristeza es una chispa que salta de la "diferencia de potencial" que vivimos entre el destino ideal y nuestra carencia histórica, la ocultación de esta diferencia –suceda como suceda– engendra el opuesto lógico de la tristeza: la *desesperación*. "La sola idea constante de que exista algo infinitamente más justo y más feliz que yo me llena totalmente de desmedida ternura y de gloria, sea yo quien sea, haya hecho lo que haya hecho. Para el hombre, bastante más indispensable que su propia felicidad es saber y creer en todo momento que existe un lugar donde hay una felicidad perfecta y calma para todos y en todo... En esto se resume toda la ley de la existencia humana: en que el hombre pueda inclinarse ante lo infinitamente grande. Si los hombres se vieran privados de lo infinitamente grande, ya no podrían vivir y morirían presos de desesperación"»[47].

Por eso, el "yo" sorprendido en acción se revela como promesa, como describía Pavese de modo genial: «Lo que un hombre busca en los placeres

---

[45] L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 79.
[46] F. Dostoievski, *Los demonios*, en *Obras completas*, vol. II, Aguilar, Madrid 1986, p. 1.098.
[47] L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 80-81.

es un infinito, y nadie renunciaría nunca a la esperanza de conseguir esta infinitud»[48], porque «la espera constituye la estructura misma de nuestra naturaleza, […] la vida es estructuralmente promesa»[49]. No lo decidimos nosotros, es así.

Por tanto, cuanto más entra uno en el misterio de su propio ser, más se da cuenta de qué es la verdadera soledad –que no es el sentimiento pasajero de sentirse solos, esto no sería nada–: «Se puede perfectamente decir que el sentido de la soledad nace en el corazón mismo de cualquier compromiso serio con la propia humanidad [cuanto más serio es uno con su propia humanidad, más se da cuenta de la naturaleza de sus necesidades y más siente la impotencia de no poder responder a ellas]. Puede entender bien esto todo aquél que haya creído haber encontrado la solución a una gran necesidad suya en algo o en alguien; pero luego esto le desaparece, se va, o se revela incapaz. Estamos solos con nuestras necesidades, con nuestra necesidad de ser y de vivir intensamente. Como uno que está solo en el desierto: lo único que puede hacer es esperar a que alguien llegue. Y la solución no vendrá ciertamente del hombre; porque lo que se trata de resolver son precisamente las necesidades del hombre»[50].

Precisamente en este punto podemos empezar a vislumbrar cuál es la verdadera compañía: «El filósofo americano Alfred N. Whitehead define la religión de esta manera: "Aquello que hace el hombre en su soledad". La definición es interesante, aunque no expresa todo el valor del que parte la intuición que la ha engendrado. Pues, en efecto, la pregunta última es constitutiva del individuo, y en este sentido el individuo está totalmente solo: él mismo es ese interrogante, y no otra cosa. Por eso, si contemplamos a un hombre, una mujer, un amigo o un caminante sin que resuene en nosotros el eco de la pregunta, de la sed de destino que lo constituye, nuestra relación no será una relación humana, y menos aún podrá tratarse de una relación amorosa a cualquier nivel que sea: no respetará la dignidad del otro, no será adecuada a la dimensión humana del otro. La misma pregunta, en el idéntico instante en que define mi soledad, sienta también las bases de mi compañía, porque significa que yo estoy constituido por otra cosa, aunque permanezca misteriosa para mí. Por tanto, si quisiéramos completar la definición del filósofo americano, la religión es ciertamente lo que el hombre hace en su soledad, pero también es aquello en lo que descubre su esencial compañía. Tal compañía es además más original que la soledad, porque el interrogante estructural no

[48] C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 198.
[49] L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 82.
[50] L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, op. cit., p. 61.

ha sido engendrado por un querer mío; me ha sido dado. Por eso, antes que la soledad está la compañía que abraza mi soledad, de manera que ésta ya no es una verdadera soledad, sino un grito que recuerda la compañía escondida»[51]. Por eso, quien vive esta soledad, esta impotencia, esta falta, no puede dejar de gritar, como en la poesía de Luzi: «¿De qué es falta esta falta, / corazón, / que de golpe estás lleno de ella? / ¿De qué?»[52].

3. La nostalgia del "Tú"

Éste es el culmen de la búsqueda, el culmen que sorprendemos en nosotros, donde el "yo" expresa lo que es, si no está reducido. Como muestra maravillosamente la poesía de Lagerkvist: «Un desconocido es mi amigo, / uno a quien no conozco (no sé lo que busco, no lo conozco]. / Un desconocido lejano, lejano. / Por él mi corazón está lleno de nostalgia. / Porque él no está cerca de mí. / ¿Quizá porque no existe? / ¿Quién eres tú que llenas mi corazón de tu ausencia, / que llenas toda la tierra de tu ausencia?»[53].

Con esta palabra –nostalgia–, Lagerkvist describe de forma sencilla lo que Giussani dice al final del capítulo quinto: «La afirmación de que existe la respuesta, como algo que está implicado en el hecho mismo de la pregunta»[54]. La nostalgia es una experiencia humanísima a través de la cual podemos comprender que el hecho mismo de tenerla, implica que existe el otro del que tengo nostalgia, pues, en caso contrario, no existiría la nostalgia como experiencia, no sentiríamos la ausencia de nadie. Pensad cuándo habéis experimentado nostalgia de alguien o de algo: ¿no es acaso porque ese alguien o algo ya existía y existe?

Un "yo" que no está reducido es un "yo" que experimenta dentro de sí esta nostalgia, nostalgia de un "Tú" real y misterioso, una nostalgia contenida en el mismo impulso con el que entramos en relación con la realidad. Los salmos nos lo muestran de forma única: «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo. Mi alma está sedienta de ti, mi carne tiene ansia de ti como tierra reseca, agostada, sin agua. ¡Cómo te contemplaba en el santuario, viendo tu fuerza y tu gloria! Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios. Toda mi vida te bendeciré, y alzaré las manos invocándote. Me saciaré como de enjundia y de manteca, y mis labios te alabarán jubilosos. En el lecho

---

[51] L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 85-86.

[52] M. Luzi, «Di che è mancanza», vv. 1-5.

[53] P. Lagerkvist, «Uno sconosciuto è il mio amico», in Poesie, Guaraldi-Nuova Compagnia Editrice, Rimini-Forlì 1991, p. 111.

[54] L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 87.

me acuerdo de ti, y velando medito en ti, porque fuiste mi auxilio, y a la sombra de tus alas canto con júbilo; mi alma está unida a ti y tu diestra me sostiene»[55]. O también: «Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. Tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?»[56].

No falta Dios, ¡falta un hombre así! Un hombre que lleve en su interior esta nostalgia, esta sed… ¿Comprendéis por qué dice Jesús: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed»[57]? ¡Bienaventurados! Sólo un "yo" verdadero que está despierto puede reconocerle conmovido. Esto confirma además la razonabilidad del recorrido que don Giussani nos invita a hacer –¡me parece!–, y es decisivo que no nos lo ahorre: es una gracia.

La lucha con el poder se produce a este nivel. Un "yo" así es la victoria sobre el poder, sobre el intento del poder de reducir el ímpetu de su deseo, de aplastarlo. Para un "yo" como éste, los ofrecimientos del poder son migajas, porque sabe que ningún regalo puede bastar, porque un hombre así sabe dónde encontrar su descanso, un descanso a la altura de su necesidad, el único descanso que de verdad descansa: «Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti»[58].

Cuanto más consciente es un ser humano de que sólo en Él encuentra descanso, más se conmueve por el hecho mismo de que exista Dios. No puede evitar conmoverse por Su existencia, como repetía con frecuencia don Giussani: «Mi corazón está alegre porque Cristo vive»[59].

Por eso, su presencia nos llena de silencio: «Señor, te esperamos deseando tu nombre y tu recuerdo»[60]. Pero este deseo no puede sobrevivir ni siquiera unos pocos minutos si no se convierte en petición, porque la verdadera forma del deseo es la petición: se llama oración.

---

[55] *Sal* 62,2-9.
[56] *Sal* 42,2-3.
[57] *Mt* 5,6.
[58] San Agustín, *Confesiones*, I, 1.
[59] L. Giussani, *L'Alleanza*, Jaca Book, Milano 1979, p. 106.
[60] *Is* 26,8.

Sábado 30 de abril, por la tarde

A la entrada y a la salida:
Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto para piano en do menor n. 24, K 491
Clara Haskil, piano
Igor Markevitch – Orchestre des Concerts Lamoureux
"Spirto Gentil" n. 32, Philips

■ **SEGUNDA MEDITACIÓN**
Julián Carrón

«Ubi fides ibi libertas»

«Qué hermoso es el camino para el que camina»[61]. Caminar es una decisión que cada uno debe tomar continuamente porque, a pesar de que el tejido humano del que estamos hechos es accesible al hombre verdaderamente atento a la experiencia y al "yo" que se observa en acción, todos sabemos lo lejos que estamos de tener esta claridad. Sólo algunos hombres, en algunos momentos culminantes, consiguen percibir lo que hay en el fondo de su persona, logran llegar a ser verdaderamente conscientes de sí mismos. La confusión es lo que prevalece habitualmente –lo sabemos perfectamente, basta con mirar cómo nos movemos muchas veces–, por la influencia del poder o por nuestra connivencia y distracción, y entonces uno deja de caminar.

Don Giussani describe de forma asombrosa las consecuencias de este no caminar en el capítulo octavo de *El sentido religioso*. Son determinantes, basta con un breve elenco: el vaciamiento de la personalidad (que queda a merced de la reactividad), la aridez en las relaciones, el diálogo reducido a charlatanería, la soledad como ausencia de significado (cuyos síntomas más graves son la exasperación, la violencia y una vulnerabilidad cada vez mayor).

Por tanto, quien se da cuenta de esto comprende cuál es la situación dramática en la que muchas veces nos encontramos. Dice von Balthasar: «Ya que gran parte de lo más profundo en el hombre ha quedado muy tapado y olvidado a causa de su alejamiento de Dios, esa profundidad puede ser elevada a la luz de la memoria y de la autocomprensión del hombre sólo por medio de la encarnación de Dios»[62].

---

[61] Cf. C. Chieffo, «È bella la strada», en *Cancionero*, Comunión y Liberación 2007, p. 340.
[62] H.U. von Balthasar, *Si no os hacéis como este niño*, Fundación San Juan, Rafaela 2006, p. 37.

Ésta es la razón por la que Dios ha salido al encuentro del hombre: «Sale al encuentro de la inquietud de nuestro corazón, de la inquietud de nuestro preguntar y buscar»[63].

En esta situación, el cristianismo debe mostrar su capacidad de despertar al "yo", este "yo" tantas veces resignado, tan reducido que piensa que puede bastarse a sí mismo. Conseguir despertarlo será la verificación más potente de la fe.

1. Sólo Cristo salva lo humano

«Sólo lo divino puede "salvar" al hombre; es decir, las dimensiones verdaderas y esenciales de la figura humana y de su destino sólo pueden ser "conservadas", esto es, reconocidas, proclamadas y defendidas por aquel que es su sentido último»[64], nos ha enseñado don Giussani.

«*Es un acontecimiento la respuesta positiva* a la dramática dispersión en la que nos obliga a vivir la sociedad. Es *sólo un acontecimiento* […] lo que puede arrojar claridad y consistencia sobre los factores constitutivos del "yo". Esto es una paradoja que ninguna filosofía o teoría –sociológica o política– logra tolerar: que sea un acontecimiento, y no un análisis, o un registro de sentimientos, el catalizador que hace que los factores de nuestro yo puedan salir a relucir con claridad y componerse ante nuestros ojos, ante nuestra conciencia, con una transparencia firme, duradera y estable. […] El acontecimiento *cristiano* es, efectivamente, el catalizador del conocimiento del "yo", lo que hace posible y estable la percepción del "yo", lo que permite al "yo" volverse operativo como tal "yo". Fuera del acontecimiento cristiano *no* se puede comprender qué es el "yo". Y el acontecimiento cristiano –según lo que ya vimos al hablar del acontecimiento como tal– es algo nuevo, ajeno, que procede del exterior, y por consiguiente algo no pensable, imposible de presuponer, de reducir a una reconstrucción nuestra, algo que irrumpe en la vida. […] Este encuentro me abre los ojos acerca de mí mismo, hace que yo me descubra, *se muestra como algo correspondiente* a lo que yo soy: *hace que me dé cuenta* de lo que soy, de lo que quiero, porque me hace comprender que lo que proporciona es precisamente lo que yo quiero, corresponde a lo que yo soy»[65].

Ésta es la confirmación del camino que estamos tratando de hacer, por-

[63] Benedicto XVI, *Santa Misa Crismal*, 21 de abril de 2011.
[64] L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 103.
[65] L. Giussani, «En camino», en *Huellas-Litterae Communionis* n. 2, febrero 2000, pp. III, V, VII.

que sólo un acontecimiento puede despertar al "yo", no una obsesión por repetir ciertas fórmulas; sólo el acontecimiento cristiano me permite comprender mi "yo" y por eso, en la Escuela de comunidad, hemos insistido tratando de testimoniarnos mutuamente cómo hemos sorprendido Su acontecer en nosotros, porque lo que testimonia el acontecimiento cristiano es el despertar del "yo". Estamos tratando de comprender quién es Cristo observando lo que consigue despertar en nosotros, para comprendernos a nosotros mismos, para llegar a tener una consistencia mayor, para que nuestra conciencia adquiera estabilidad, para estar menos a merced del poder, para tener una mayor inteligencia de la realidad, para ser nosotros mismos, para que nadie nos engañe.

Cristo corresponde hasta tal punto a lo que yo soy que cuando me encuentro con Él puedo comprender por fin Quién es el objeto de esa ausencia que experimento, Quién es ese que me dice: «Yo soy el Misterio que falta en todo lo que gustas, en cualquier promesa que vives. Desees lo que desees, busques lo que busques, yo soy el Destino de todo lo que haces. Tú me buscas en todas las cosas»[66].

Un autor francés, Chrétien, ha identificado muy bien que esta conciencia sólo es posible en el cristianismo: «Que el más alto deseo, y lo que constituye la grandeza del hombre, es el deseo del infinito, un deseo que nada detiene o adormece, pues nada finito puede satisfacerlo, constituye un pensamiento propiamente cristiano, por el hecho de que el deseo infinito tiene por verdad el deseo del infinito, el deseo de Dios mismo. Un pensamiento tal se opone radicalmente a toda la sabiduría griega antigua, para la cual un deseo sin límite sería el signo de la desmesura y de la locura, el camino seguro hacia la infelicidad o la desesperación»[67]. Y la comprobación de que este pensamiento antiguo es plenamente actual se encuentra en la reacción de muchos padres, cuando empiezan a decir a sus hijos que es una locura desear de este modo: como no son capaces de comprenderse a sí mismos, son incapaces de comprender a sus hijos (al igual que los profesores con sus alumnos). Sólo Cristo hace brotar toda mi humanidad, todo mi deseo, porque, como dice Kierkegaard, «sólo cuando aparece el objeto, aparece el deseo»[68].

Por tanto mi deseo, tan desproporcionado con relación a mis fuerzas, me ofrece una claridad decisiva sobre lo que me falta; y es el mayor testimonio de Cristo, el signo más evidente de Su contemporaneidad: no se

---

[66] L. Giussani, *Avvenimento di libertà*, Marietti, Genova 2002, p. 149.
[67] J.-L. Chrétien, *La Joie spacieuse*, Les Éditions de Minuit, Paris 2007, p. 196.
[68] S. Kierkegaard, *Don Giovanni*, M.A. Denti, Milano 1944, p. 87.

trata de hablar de Cristo, ¡sino de un "yo" que tiene este deseo! Conocemos a muchas personas que hablan de Cristo, pero, ¿cuántas de ellas no son escépticas, cuántas llegadas a una cierta edad tienen todavía vivo el deseo de vivir? Esto testimonia la contemporaneidad de Cristo y, cuando uno ve algo así, ¡comprende que la fe es todo menos una creación del hombre! Es imposible para el hombre crear la fe, porque un hombre tan despierto en su deseo es lo más imposible humanamente hablando. El hombre no podía siquiera soñar algo así, es más, le parecía una locura. Por tanto, la mayor apología de Cristo es nuestra humanidad despierta.

Es lo que llenaba de maravilla a Isaac de Nínive: «¡Qué estupenda es la meditación sobre tu constitución, oh hombre! Pero más estupenda que ella es el misterio de tu despertar»[69].

El despertar de nuestro "yo" muestra que Cristo no resuelve el drama del "yo" eliminando el deseo humano, sino exaltándolo, haciendo más profundo el sentido del misterio. ¿Qué solución sería aquella que terminara aplanando el deseo o suprimiéndolo? Quien reconoce a Cristo, en cambio, ve su humanidad llevada más allá de cualquier imaginación. Por eso, la profundización en nosotros del sentido del misterio es el signo de Su presencia.

Decía un amigo en un testimonio público: «Mi recorrido existencial de los últimos seis años, cuya novedad principal puedo describir como la "explosión" de la desproporción estructural, ha sido la radicalización de la percepción de mi necesidad humana, de una exigencia de significado, casi lacerante en ciertos momentos, unida a la percepción de la imposibilidad humana de colmarlo y a la caída de muchas ilusiones. Lo primero que quiero deciros es que mirar a Carrón en estos años ha significado el despertar de mi exigencia radical, darme cuenta de que había reducido toda la historia precedente, de que mi despertar no ha dependido de "estudiar" *El sentido religioso*, sino de la convivencia con el acontecimiento de Cristo que algunos amigos me testimoniaban. El encuentro con un testigo vivo no me ha vuelto más granítico; yo pensaba que madurar equivalía un poco a la ataraxia. En cambio, me encuentro ahora mucho más frágil, con mayor turbación, mucho más vulnerable, mucho más afectado por la enfermedad de alguien o por un proyecto que no se realiza, por un deseo que no se cumple, por la angustia ante la suerte de un amigo y del mundo. La herida es mucho más radical que antes (la herida esencial, personal, psicológica), y las cosas y las personas me turban mucho más. Pero, al mismo tiempo, la novedad es que percibo que nadie puede responder a esta vorágine sino Alguien que no

[69] Isacco di Ninive, *Discorsi spirituali*, Qiqajon, Magnano (Bi) 2004, pp. 141-142.

se puede reducir a la naturaleza. Es una apertura a Alguien distinto de mí. Es decir, me he dado cuenta en estos años, en esta convivencia, del engaño que supone tratar de llenar la exigencia humana con algo menor que lo que puede satisfacerla, y esto se puede vivir perfectamente –siendo del Grupo Adulto– con fidelidad, como creo haber tratado de vivir en estos años; pero la esperanza humana no está puesta en Cristo presente, y es como si se vivieran vidas paralelas (el dualismo del que hablamos a menudo): por una parte, afirmas a Cristo y crees que rezas, pero el criterio de juicio que utilizas en la relación con la realidad está basado en otra cosa. Si mi necesidad es tan grande, necesito volver a encontrar esta Presencia siempre, no una vez; si no la vuelvo a encontrar, no estoy bien, y ciertos días eso lo llego a percibir físicamente, como si una herida traspasase el corazón, y entonces necesito ver Sus hechos, porque estos hechos son como el bálsamo del abismo que tengo dentro. Y así ha sucedido algo extraño: la Presencia ha desencadenado la percepción de mi desproporción, pero la desproporción me ha vuelto capaz de ver esta Presencia en cosas en las que antes no caía».

Un florecimiento semejante del propio "yo" es la verificación de la fe y de la vocación, ante la cual uno no puede dejar de experimentar asombro y una gratitud infinita. ¿Gratitud por qué motivo? Porque Él existe, porque Cristo existe y está presente. Cuanto más descubre uno su propia necesidad, tanto más se da cuenta de que no resuelve esta necesidad con un discurso, con la teoría justa, con la interpretación justa (ni siquiera la interpretación justa de Giussani), con las obras, las iniciativas, el trabajo, la carrera, con ciertas relaciones afectivas. No la llena con nada. Para encontrar respuesta a un "yo" percibido de esta manera, con el misterio imponente que encierra, es necesario volver a encontrar Su presencia, porque nada nos basta. No sirve ninguna otra cosa, y por eso la relación con Él es la única posibilidad de encontrar lo que corresponde.

Sólo con amigos así seremos capaces de hacer una lectura verdadera de nuestras necesidades. «El encuentro libera tus necesidades, las libera de la escoria de esa interpretación reductiva que tiende a concebir la persona en función del poder»[70].

Giussani insiste: «Ahora bien, el encuentro genera, suscita –si el corazón es sincero, si tiene un mínimo de sinceridad– una compañía distinta, que se opone a la de la sociedad, ¡una compañía como la nuestra! En ella, la lectura de las necesidades es transformada, la lectura que ella hace de las necesidades vence la sugestión de la sociedad, vence la sugestión del poder, de lo que el poder te inculca; en esta compañía las necesidades se empiezan

[70] L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 377.

a leer según la verdad que has encontrado»[71]. Y añade más adelante: «Entonces, el encuentro genera "instintivamente" una compañía, una afinidad con la persona que se ha encontrado, con otras que la han encontrado; de este modo, nace un grupo, nace una compañía, nace el movimiento. En esta compañía, en este movimiento, se leen de forma verdadera las necesidades que se tienen. Y esto determina un contraste, esta compañía se convierte en una "*polis* paralela", se convierte en una "humanidad paralela"; uno empieza a comprender qué quiere decir relación con la mujer, qué quiere decir relación de amistad, relación con el hombre como tal, relación con el tiempo, qué quiere decir el pasado, el error, la equivocación, el pecado, qué quiere decir el perdón. En definitiva, empieza a comprender, a comprender lo que antes no comprendía, que los demás no comprenden, y se llena de una compasión por todos. Es como si uno que hubiese vivido en un zulo, que hubiese nacido y crecido allí, y creyese que el mundo era el zulo, de repente saliese fuera: "¡Dios mío, esto es otra cosa!»[72].

¿Cómo se genera un "yo" así?

2. La generación de nuestro rostro humano

Escuchemos lo que dice don Giussani: «El poder no puede impedir que se suscite un encuentro, pero trata de impedir que surja de ahí una historia; es decir, no puede impedir totalmente el despertar del encuentro, pero en cuanto se da cuenta de él trata de impedir que se convierta en historia»[73], es decir, actúa impidiendo que se mantenga en el tiempo, que dure, que permanezca lo que se ha despertado. ¿Cómo lo hace? Tratando de reducir nuestros deseos nada más ser despertados por el encuentro. Cuántas veces nos sorprendemos volviendo a la situación de antes: «Basta considerar los grandes vacíos que se abren en el tejido cotidiano de nuestra conciencia y la dispersión que sufre nuestra memoria»[74], como vemos en nosotros tantas veces.

Para que la novedad introducida por el encuentro llegue a ser consistente, de modo que no sólo no volvamos a la situación de antes o, peor todavía, nos volvamos escépticos, sino que la percepción de nuestro misterio se haga cada vez más profunda, es necesario hacer un camino, un camino fas-

[71] *Ibidem*, pp. 362-363.
[72] *Ibidem*, p. 364.
[73] *Ibidem*, p. 247.
[74] L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., p. 7.

cinante, porque no hay nada tan fascinante como el descubrimiento de las dimensiones reales de nuestro "yo", nada hay tan lleno de sorpresas como el descubrimiento de nuestro verdadero rostro humano.

Es impresionante leer la sugerencia que daba don Giussani hace algunos años a los estudiantes que pasaban a la universidad, para animarles en esta aventura –creo que nos sirve también a nosotros–: «Esperaos un camino, no un milagro que eluda vuestras responsabilidades, que anule vuestro esfuerzo, que haga mecánica vuestra libertad. ¡No! No esperéis esto. Esto supone una diferencia con respecto a lo que habéis vivido hasta ahora, al camino que habéis recorrido: la diferencia profunda es que no podrás seguirme, no podrás seguirnos si no tienes una tensión por comprender. Hasta ahora has podido seguir incluso sin comprender, incluso sin esa tensión por comprender. Ahora ya no podrás seguirnos si no existe esta tensión en ti. Y hasta ahora has podido seguir sin amar nada; ahora tendrás que empezar a amar realmente la vida y su destino. En caso contrario, si no hay en ti una tensión por comprender y por amar la vida y su destino, acabarás dejándonos: sólo en ese caso»[75]. Porque todo dice lo contrario, y si uno no comprende las razones por las que hacerlo, no se mantendrá, no llegará a ser historia lo que le ha sucedido.

Entonces Giussani propone un camino, una fatiga, no un milagro o algo mecánico. Detrás del malestar que tantas veces aflora entre nosotros se encuentra esta confusión: pensamos siempre en una propuesta que produzca frutos sin trabajo, sin implicar nuestra libertad, sin comprometer toda nuestra persona. Mirad lo que dice Giussani –no existe otro compañero de camino que nos describa de forma tan auténtica, ¡como si nos pasasen un scanner por encima!–: «La endeblez de la convivencia personal, la aridez de la convivencia en las comunidades, ¿a qué se debe sino al hecho de que muy pocos pueden decir que estén comprometidos con la experiencia, con la vida entendida como experiencia? Es la falta de compromiso con la vida como experiencia lo que hace que se charlotee y no se hable. La ausencia de diálogo verdadero, esta aridez terrible que hay en la comunicación, esta incapacidad de comunicar, crecen sólo en paridad al chismorreo»[76]. Pensemos en ciertas cenas entre nosotros: ¿qué impresión se llevaría de lo que realmente nos interesa uno que nos observara desde fuera?

Por eso resulta más evidente el alcance del camino que don Giussani nos sugiere recorrer –y yo no tengo nada distinto que proponer–: el camino a la verdad es una experiencia presente, que confirma la utilidad de la fe para

[75] L. Giussani, Raduno nazionale maturati, Rimini, 28-30 settembre 1982, Archivo CL.
[76] L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 122.

responder a las exigencias y a los deseos que apremian en nosotros de forma inextirpable e inagotable. Todos sabemos muy bien cuánto nos cuesta: damos nuestras impresiones, contamos cosas, ofrecemos nuestras opiniones, pero, ¿cuántos estamos comprometidos con una experiencia verdadera?

La dificultad que hoy debemos afrontar es la misma que encontraba Giussani: «Hace treinta años, cuando empezaba a decir estas cosas, ¡no pensaba que después de treinta años habría tenido que repetirlas tantas veces para hacérselas comprender a aquellos que desde hace diez años caminan por el mismo camino! Porque se leen, uno cree que las ha comprendido, da un paso más, pero no se es serio con las palabras que se usan, es decir, no se es serio con la realidad que las palabras indican, no se es serio con el sujeto que vive la realidad de la que está hecho y formado su tiempo. ¿Cuál es el punto de partida para una indagación humana, para una investigación sobre la verdad? El punto de partida es la experiencia. No lo que uno prueba, sino la experiencia, que es lo que se prueba juzgado por los criterios del corazón, los cuales, como criterios, son infalibles (infalibles como criterios, no como juicios: puede ser una infalibilidad mal aplicada). Los criterios son éstos, no hay otros; o los criterios son los del corazón, o bien estamos alienados, vendidos en el mercado de la política o de la economía»[77].

Don Giussani nos advierte de que uno puede permanecer aparentemente en el camino sin hacer experiencia: la cinta transportadora siempre está al acecho... Si nuestro camino y nuestra fe no se convierten en experiencia presente en la que encontramos la confirmación de su conveniencia humana, no podremos seguir ni hacernos compañía: «La experiencia debe ser verdaderamente tal, es decir, tiene que ser algo juzgado por la inteligencia; de otro modo la comunicación se convierte en chismorrear palabras o vomitar lamentos»[78].

Por tanto, la verificación que nos dice si estamos haciendo experiencia o no, es el crecimiento de nuestro "yo", su mayor consistencia. Forma parte de la experiencia –se nos ha dicho siempre– «el hecho de *darnos cuenta de que crecemos*»[79]. Y uno se da cuenta de que crece porque esta experiencia permanece en la memoria, ya no se olvida: «La experiencia está guardada por la memoria. La memoria consiste en custodiar la experiencia. Mi experiencia, por tanto, tiene que guardarse en la memoria, porque yo no puedo dialogar contigo si mi experiencia no está custodiada dentro de mí, no está protegida en mí como un niño en el seno de su madre, y vaya creciendo así dentro de

[77] L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, Bur, Milano 1996, p. 83.
[78] L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 123.
[79] L. Giussani, *Educar es un riesgo*, op. cit., p. 117.

mí a medida que pase el tiempo»[80]. Entonces sí, cuando hablamos, podemos comunicar algo que hemos verificado verdaderamente en la experiencia.

Si nosotros hacemos esta experiencia, la fe puede generar una persona verdaderamente consistente: «La consistencia del propio "yo" es una experiencia profundamente nueva, es realmente el nacer de nuevo de Nicodemo. El milagro que debe producirse es esta consistencia del propio "yo", es decir, la dignidad, la certeza del destino y la capacidad de obrar de una forma nueva y más humana»[81].

Sólo un camino puede generar una criatura nueva, y don Giussani lo describe así: «Una experiencia distinta del sentimiento de sí, una percepción distinta de las cosas, una emoción distinta de la presencia de los demás, un ímpetu y una densidad distinta en las relaciones, un gusto distinto en la dinámica fatigosa del trabajo, un resultado inconcebible, inimaginable previamente»[82]. Si no sucede esto, ¿qué interés tendrá para nosotros la fe? Antes o después vencerá también en nosotros el desinterés, pero no será –como decimos muchas veces– porque Cristo no cumple la promesa que nos ha hecho en el encuentro, sino porque nosotros hemos reducido todo a mecanicismo, porque no estamos verdaderamente comprometidos en la verificación de la experiencia. Y sin esto, yo no tengo rostro.

Es impresionante el final de una poesía de Rimbaud: «Todos aquellos que me han conocido es como si no me hubiesen visto»[83]. Te topas con alguien que no tiene rostro. En cambio, ser presencia significa tener un rostro, y la fe es lo que hace significativo el rostro.

La fuerza de nuestra presencia es la fe, la fe vivida como experiencia presente, y entonces uno se convierte en una presencia que no se puede olvidar: «¿Qué hay que no se puede olvidar ? […] Aquello que no se deja olvidar […], aquello que, por sí mismo, y casi de forma anticipada, resplandece con una claridad que nada pueda apagar o tapar»[84].

3. *Ubi fides ibi libertas* (san Ambrosio)

Si el individuo no tiene consistencia, si su personalidad se ve vaciada, entonces queda a merced de las fuerzas más incontroladas del instinto o del

---

[80] L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 122-123.

[81] L. Giussani, Consiglio nazionale di CL, Milano, 9-10 febbraio 1985, Archivo CL.

[82] *La fede oggi*, Incontro di don Giussani con gli adulti di CL, Torino, 13 giugno 1981, Archivio CL.

[83] Cf. A. Rimbaud, «Una stagione in inferno», in *Opere*, Mondadori, Milano 1975, p. 219.

[84] J.-L. Chrétien, *L'insperabile e l'indimenticabile*, Cittadella Editrice, Assisi 2008, p. 123.

poder: es la pérdida de la libertad (así termina el capítulo octavo de *El sentido religioso*).

Hoy nos encontramos ante un enorme deseo de libertad, pero al mismo tiempo, constatamos la incapacidad de ser verdaderamente libres, es decir, de ser nosotros mismos en la realidad. Es como si, de hecho, cada uno se plegase a lo que se espera de él en cada circunstancia: y así uno tiene un rostro en el trabajo, otro con los amigos, otro en casa... Pero, ¿dónde somos verdaderamente nosotros mismos? Por no hablar de todas las veces en las que uno se siente ahogado por las circunstancias de la vida cotidiana, sin la más mínima idea de cómo liberarse, a no ser esperando que cambien dichas circunstancias (a menudo, éste parece el único camino de liberación que llegamos a concebir). Al final, uno se encuentra bloqueado, soñando con una libertad que nunca llega. En un momento histórico como éste, en el que se habla tanto de libertad, asistimos a la paradoja de su falta, de su ausencia.

Por eso, el hecho de que la libertad hoy en día sea un bien tan escaso, tan raro, es otro testimonio de la falta de una experiencia real de la fe, según el gran lema de san Ambrosio: «*Ubi fides ibi libertas*»[85] (Donde está la fe, está la libertad).

Por eso, la libertad es el signo más precioso y potente de la fe, y es ahí donde nosotros podemos verificar verdaderamente si estamos haciendo una experiencia de fe capaz de resistir en un mundo en donde todo –¡pero todo!– dice lo contrario, lo opuesto. Pero, ¿nos damos cuenta del desafío que tenemos que afrontar? Si en una realidad como ésta no tenemos un rostro y una consistencia, nuestra fe no podrá resistir en la historia, ¡seremos barridos!

¿Cuál es la condición de la libertad? ¿En qué condiciones tiene sentido hablar de libertad, de irreductibilidad del "yo", de consistencia? En un solo caso: «Sólo en un caso este punto que es el hombre individual y concreto sería libre de todo el mundo, libre hasta el punto de que ni el mundo entero ni todo el universo podría constreñirlo, sólo en un caso esta imagen de hombre libre es explicable: si se supone que ese punto no está constituido sólo por la biología de su madre y de su padre, que posee algo que no deriva de la tradición biológica de sus antecedentes inmediatos, sino que está *en relación directa con el infinito*, en relación directa con el *origen* de todo el flujo del mundo […]. *Sólo* en la hipótesis de que exista en mí esta relación, el mundo podrá hacer de mí lo que quiera, pero no me vencerá, no me *despojará*, no me atará, porque yo seré más grande, seré *libre*. […] He aquí la *paradoja*: la libertad es depender de Dios. Es una paradoja, pero

[85] Sant'Ambrogio, *Epistule*, 65, 5.

clarísima. El hombre –el hombre concreto, yo, tú– antes no existía, ahora existe, y mañana no existirá: por lo tanto, depende. O depende del flujo de sus antecedentes materiales, y es esclavo del poder; o depende de Aquello que está en el origen del flujo de las cosas, más allá de ellas, es decir, de Dios. La libertad se identifica con depender de Dios de una manera humana, esto es, con una dependencia que se reconoce y se vive. Mientras que la esclavitud es negar o censurar esta relación. La conciencia vivida de esta relación se llama religiosidad. ¡La libertad consiste en la religiosidad! Por eso, la única rémora, la única frontera, el único límite a la dictadura del hombre sobre el hombre –ya se trate del hombre sobre la mujer, de padres con hijos, de gobierno y ciudadanos, de patronos y obreros, o de jefes de partido y estructuras a las que la gente está sometida–, la única rémora, la única frontera, la única objeción a la esclavitud del poder, la *única*, es la religiosidad»[86].

Pensad cuántas veces soñamos que alcanzamos la libertad: en este punto confrontémonos en serio con Giussani, sometiéndolo a la verificación de la experiencia: «Por eso quien detenta el poder […] está siempre tentado a odiar la religiosidad verdadera, a menos que él mismo sea profundamente religioso […] porque una religiosidad auténtica […] es un límite para poseerla, es un desafío a su posesión»[87].

Y continúa: «La fe es el gesto fundamental de libertad, y la oración es la constante educación del corazón, del espíritu, en la autenticidad humana, en la libertad; porque fe y oración son el reconocimiento pleno de esa Presencia que constituye mi destino, y en depender de ella consiste por consiguiente mi libertad»[88].

Pero, ¿cómo es posible vivir en todas las circunstancias la religiosidad, la relación con el Misterio, que me hace tan irreductible a cualquier poder? Es necesario que el hombre se adhiera siempre al Misterio del que depende. Siempre me ha impresionado esta pregunta, evocada con frecuencia por don Giussani: ¿cómo puede tener el hombre la conciencia clara y la energía afectiva para adherirse al Misterio mientras que este Misterio permanece como tal? ¿Cómo puede el objeto todavía oscuro y misterioso despertar la energía de la libertad para cumplirla?

Mientras que el objeto es oscuro, cada uno puede imaginarse lo que quiera, y puede determinarse en su relación con ese objeto como le parezca. Pensad en la experiencia amorosa: uno está deseando amar y ser

[86] L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 132-133.
[87] *Ibidem*, p. 133.
[88] *Ibidem*, p. 128.

amado, pero, ¿qué hacemos mientras ese rostro permanece desconocido? Lo que nos parece y apetece. Sólo cuando aparece el rostro, se introduce realmente una posibilidad de atraer al "yo". Porque yo sé que deseo el infinito, que este infinito existe porque siempre tengo nostalgia de él –como decía Lagerkvist–, pero cada día aferro un detalle, voy detrás de un objeto cualquiera que luego me deja insatisfecho. Éste es el destino del hombre, a menos que suceda la hipótesis planteada por Wittgenstein: «Tienes necesidad de redención, pues de otro modo te pierdes […]. Hace falta que entre una luz, por decirlo así, a través del techo, del techo bajo el que trabajo y sobre el que no quiero subir. […] Este tender al absoluto, que hace parecer demasiado mezquina cualquier felicidad terrena... me parece estupendo, sublime, pero yo fijo mi mirada en las cosas terrenas: a menos que "Dios" me visite»[89].

Para esto es necesario que el Misterio se convierta en compañero experimentable, que Dios nos visite. Para que entrase en el mundo una experiencia completa de la libertad, fue necesario que el Misterio se hiciese compañero para la vida del hombre. Sólo cuando el Misterio desvela Su rostro, al igual que la persona amada, y me atrae completamente, puedo tener la claridad y la energía afectiva para adherirme, es decir, para comprometer toda mi libertad.

Con Jesús, el Misterio se ha convertido, por decirlo con una frase insuperable de don Giussani, en «presencia afectivamente atractiva»[90], hasta el punto de encender el deseo humano y de desafiar como ningún otro su libertad, es decir, su capacidad de adhesión. Al hombre le basta con ceder al atractivo vencedor de Su persona, a Su atractivo, como le sucede al hombre enamorado: lo que despierta en él su energía afectiva es la presencia fascinante de la persona amada. Basta con ceder a la fascinación de quien tienes delante. Por eso decía Betocchi: «Se necesita un hombre, / no se necesita la sabiduría, / lo que se necesita es un hombre, / en espíritu y verdad; / no un pueblo, ni las cosas, / lo que se necesita es un hombre, / un paso seguro, y que sea sólida / la mano que extiende, que todos / puedan aferrarla y caminar / libres, y salvarse»[91].

Al igual que la persona amada, al Misterio presente lo descubro en un encuentro imprevisto; es una sorpresa, como lo fue para Juan y Andrés: desde que se encontraron con Él quedaron unidos a Él para el resto de sus

---

[89] L. Wittgenstein, *Movimenti di pensiero*, Quodlibet, Macerata 1999, p. 85.

[90] L. Giussani, *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro, Madrid 2002, p. 249.

[91] C. Betocchi, «Ciò che occorre è un uomo», in C. Betocchi, *Dal definitivo istante*, Bur, Milano 1999. p. 146.

vidas, porque su libertad se vio desafiada hasta tal punto por Su excepcionalidad única que no pudieron marcharse sin hacer las cuentas con aquella Persona. La libertad de los que se encontraron con Él descubrió en Él un cumplimiento sin comparación: el ciento por uno aquí, es decir, una satisfacción cien veces más grande. Si no encontramos una satisfacción cien veces mayor, ¿por qué tendría que ser razonable seguirle? No resistiríamos mucho tiempo si no fuera por la satisfacción, por una satisfacción cien veces más grande, como anticipo de la satisfacción plena. Los discípulos no eran visionarios, y esto lo muestra el hecho de que permanecieron, porque de otro modo también ellos se habrían perdido después de algún tiempo.

«*Caro cardo salutis*»[92], como dice Tertuliano con agudeza: la carne, el Verbo hecho carne, es el fundamento de la salvación. Y con esto llegamos al punto más agudo del drama ante el que se encuentra cada uno de nosotros. Entonces, si es así, si Cristo es esta presencia atractiva, tan correspondiente a nuestras exigencias más profundas, parecería normal que cediésemos a Su atractivo; es tan correspondiente que parecería algo obvio. Pero –de nuevo– una atención a la experiencia nos muestra que no es así.

¿Por qué en tantas ocasiones experimentamos una resistencia tan visceral a dejarnos atraer por Él? No se trata sólo de debilidad, que por otro lado la tenemos toda; lo que nos impide ceder es sustancialmente una sensación de perdernos. ¿Cómo es posible que tengamos esta sensación de perdernos, cuando en realidad sólo si cedemos a Su atractivo podremos ganarnos realmente? Se debe al efecto que el pecado tiene sobre nosotros. El pecado ha introducido algo extraño que ha desenfocado la percepción de nosotros mismos y de Dios, haciendo aparecer a Dios ante nuestros ojos como una especie de adversario de nuestro cumplimiento, hasta el punto de que pensamos que si cedemos ante Él nos perdemos, y por eso debemos mantenerlo a cierta distancia. Y este drama ni siquiera se le ahorró a Jesús, verdadero hombre; es más, porque Él lo afrontó pudo vencerlo.

Escribe Benedicto XVI: «La voluntad humana, según la creación, tiende a la sinergia (a la cooperación) con la voluntad de Dios, pero, a causa del pecado, la sinergia se ha convertido en contraposición. El hombre, cuya voluntad se cumple en la adhesión a la voluntad de Dios, siente ahora comprometida su libertad por la voluntad de Dios. No ve en el "sí" a la voluntad de Dios la posibilidad de ser plenamente él mismo, sino la amenaza a su libertad, contra la cual opone resistencia. El drama del Monte de los Olivos consiste en que Jesús restaura la voluntad natural del hombre […] en su grandeza. En la voluntad natural humana de Jesús está, por decirlo así, toda la resistencia de

[92] Tertuliano, *De resurrectione mortuorum*, VIII, 6-7.

la naturaleza humana contra Dios. La obstinación de todos nosotros, toda la oposición contra Dios está presente, y Jesús, luchando, arrastra a la naturaleza recalcitrante hacia su verdadera esencia. […] La petición. "No se haga mi voluntad sino la tuya" (*Lc* 22,42), es realmente una oración del Hijo al Padre, en la que la voluntad natural humana ha sido llevada por entero dentro del Yo del Hijo, cuya esencia se expresa precisamente en el "no yo, sino tú", en el abandono total del Yo al Tú de Dios Padre. Pero este "Yo" ha acogido en sí la oposición de la humanidad y la ha transformado, de modo que, ahora, todos nosotros estamos presentes en la obediencia del Hijo, hemos sido incluidos dentro de la condición de hijos»[93].

El Papa lo volvía a subrayar el Miércoles Santo:«El hombre de por sí siente la tentación de oponerse a la voluntad de Dios, de tener la intención de seguir su propia voluntad, de sentirse libre sólo si es autónomo; opone su propia autonomía a la heteronomía de seguir la voluntad de Dios. Éste es todo el drama de la humanidad. Pero, en realidad, esta autonomía está equivocada y este entrar en la voluntad de Dios no es oponerse a sí mismo, no es una esclavitud que violenta mi voluntad, sino que es entrar en la verdad y en el amor, en el bien. Y Jesús tira de nuestra voluntad, que se opone a la voluntad de Dios, que busca autonomía; tira de nuestra voluntad hacia lo alto, hacia la voluntad de Dios. Éste es el drama de nuestra redención, que Jesús eleva hacia lo alto nuestra voluntad, toda nuestra aversión contra la voluntad de Dios, y nuestra aversión contra la muerte y el pecado, y la une a la voluntad del Padre: "No se haga *mi* voluntad, sino la *tuya*". En esta transformación del "no" en un "sí", en esta inserción de la voluntad de la criatura en la voluntad del Padre, él transforma la humanidad y nos redime. Y nos invita a entrar en este movimiento suyo: salir de nuestro "no" y entrar en el "sí" del Hijo. Mi voluntad está allí, pero es decisiva la voluntad del Padre, porque ésta es la verdad y el amor»[94].

Éste es el precio de nuestra redención. ¡Todo menos un juego de palabras!

Pero, ¿cómo continúa este tirar de nosotros, esta lucha contra nuestra resistencia? La única posibilidad es que el cristianismo siga sucediendo como un acontecimiento presente. Si el Acontecimiento cristiano no sucede continuamente, no existe posibilidad de una libertad real; por eso, Su permanencia es el signo de Su verdad y, al igual que la verdad, aquella perdura. Éste es el alcance de nuestro Manifiesto de Pascua: si Cristo no ha re-

[93] Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, op. cit., pp. 190-191.

[94] Benedicto XVI, *Audiencia General*, 20 de abril de 2011.

sucitado y no sigue estando presente, nuestra fe esta vacía. Del patrimonio de Jesús podemos elegir alguna cosa que nos resulte útil, pero esto significa que estamos abandonados a nosotros mismos: «Sólo si Jesús ha resucitado ha sucedido algo verdaderamente nuevo que cambia el mundo y la situación del hombre. Entonces Él, Jesús, se convierte en el criterio del que podemos fiarnos. Pues, ahora, Dios se ha manifestado verdaderamente»[95].

Para que esto no se quede como algo ya sabido, sino que llegue a ser constantemente experiencia –nos dice don Giussani–, para que aquello que ya se sabe y se tiene llegue a ser experiencia, es necesario que lo que se sabe y se tiene se nos dé ahora, que haya una mano que nos lo ofrezca ahora, un rostro que venga hacia nosotros ahora, una sangre que corra ahora, una resurrección que acontezca ahora. ¡Sin este "ahora" no hay nada![96] ¡Qué potencia adquieren estas palabras ante lo que hemos descrito! Porque nuestro "yo" no puede ser movido, conmovido, es decir, cambiado, si no es por una contemporaneidad, por un acontecimiento. Cristo es algo que me está sucediendo. Entonces, para que lo que ya sabemos, Cristo, sea una presencia, es necesario que exista un presente que nos provoca y golpea, un presente como lo fue para Juan y Andrés.

¿Cuál es la mano que nos lo ofrece ahora? He vuelto a leer este texto impresionante de 1997: «Lo único que el mundo humano necesita es el *pueblo nuevo*, la compañía que es un torrente de vida que recorre el desierto del mundo. Pero este pueblo y esta compañía nacen solamente de quien es profeta. Quiero destacar algo que podría parecer sólo un detalle particular. ¿Cuál es el factor más importante de la realidad de pueblo a la que estamos llamados, de la realidad de la compañía en la que participamos, del lugar de la profecía y del grito de que Dios es todo? ¿Cuál es el verdadero lugar del sentido religioso? El factor más importante en la realidad de un pueblo es lo que llamamos *autoridad*. Tenemos una profunda necesidad de destruir hasta la última piedra la imagen de la autoridad como un guía robot, casi como si se tratase de individuos encerrados en una torre desde la cual lanzan señales, desde la cual guían la marcha de las cosas. La autoridad, el guía, es lo contrario del poder, no existe en ella ni sombra de la palabra poder. Por ello, está completamente ausente en el pueblo de Dios, en cualquier nivel, todo reflejo de temor frente al concepto de autoridad. Al poder le corresponde el temor, y uno, para liberarse de ese temor, huye del poder. ¿Qué es, entonces, esta autoridad? Es el lugar (también tú eres un lugar, también una persona es un

[95] Benedicto XVI, *Manifiesto de Pascua*, Comunión y Liberación 2011, tomado de Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret…*, op. cit., p. 282.

[96] Cf. L. Giussani, *Manifiesto de Pascua*, Comunión y Liberación 2011.

lugar) donde se viven la lucha de la profecía y la verificación de la profecía; el lugar donde se desarrolla la lucha para afirmar –y la verificación para confirmar– la propuesta de Cristo como la respuesta a lo que el corazón percibe; el lugar donde Cristo se experimenta como la respuesta a las exigencias del corazón. La autoridad es el lugar donde el sentido religioso (el sentido religioso viene dado por las exigencias del corazón que perciben la respuesta que tienen delante) es más límpido y más sencillo; por ello, la respuesta no produce temor, es más pacífica. Pasolini dice en uno de sus escritos que uno educa a los jóvenes con su ser, no con sus discursos. La autoridad es el lugar donde el nexo entre las exigencias del corazón y la respuesta que da Cristo es más límpido y más sencillo, más pacífico. *La autoridad es un ser*, no una fuente de discurso. También el discurso es parte de la consistencia del ser, pero sólo como un reflejo. En resumen, la autoridad es una persona mirando a la cual uno ve que lo que dice Cristo corresponde al corazón. Así es guiado el pueblo. Entonces, el problema es seguir. Lo indica mejor la palabra *filiación*: de la autoridad se es hijo»[97].

Por eso don Giussani nos ha enseñado siempre que lo primero que debemos pedir es que exista siempre una autoridad, que haya personas así; porque sólo si Él nos da personas así, con esta limpidez a la hora de vivir la religiosidad, podremos hacer experiencia del seguimiento, y esta podrá ser nuestra contribución para salir de la confusión.

Sólo hombres así pueden llegar a ser instrumento de la misión, «porque el movimiento nace, se establece y fructifica sólo como persona: la mía, la tuya. Solos o juntos no importa: es designio de Dios que me haga encontrar la sorpresa de un hermano o de un compañero. El movimiento comienza, se establece y existe, en las manos de Dios como instrumento de una misión únicamente dentro y a través de mi fe, de esta experiencia de la vida como fe que define mi persona, que me da un rostro»[98].

AVISOS
Julián Carrón

El trabajo que estamos haciendo juntos sobre la Escuela de comunidad es una gran ayuda también para comprender el valor del Fondo común. Como nos ha enseñado siempre don Giussani, el Fondo común es el instrumento para educarnos en la pobreza, y no es ante todo una generosidad, sino la re-

[97] L. Giussani, «Nadie genera si no es generado», en *Huellas-Litterae Communionis* n. 7, 1997, p. II.
[98] *La fede oggi*, op. cit., Archivo de CL.

lación verdadera con las cosas. No se trata de un aspecto particular que carezca de significado, y por eso siempre nos ha invitado a prestarle atención.

Me escribe una amiga: «Queridísimos amigos de la Fraternidad, el aumento que hago de la cuota del Fondo común no tiene comparación con la gracia recibida durante este año en el camino de nuestra experiencia. El deseo de permanecer cada vez más, la exigencia constante de ser más fiel al trabajo y el abandono más consciente a Jesús tal como se muestra en la realidad cotidiana, me ha hecho descubrir una humanidad nueva, que no creía posible para mí misma. Y por ello estoy agradecida». Si el Fondo común no nace de esta gratitud, no durará en el tiempo, no resistirá en un mundo en el que todo, pero todo, dice lo contrario: «Hagamos lo que nos dé la gana con nuestro dinero».

El Fondo común no es un problema de dinero, sino un problema educativo, y por eso os reclamo a él con libertad.

Me ha impresionado mucho un hecho que me han contado: un grupo de universitarios de Brasil ha acudido a la zona donde se habían producido inundaciones, cerca de Río de Janeiro, y allí han trabajado para limpiar las iglesias. Durante una asamblea, algunos han testimoniado lo que han descubierto durante esos días, es decir, que se puede tener la idea de que la caritativa es algo bueno, pero en realidad no vivir un amor a la caridad. Se puede decir lo mismo del Fondo común: se puede tener el concepto de que se trata de una educación en la pobreza, pero no vivirlo por Cristo; y si no es por Cristo, se queda como una regla abstracta.

Que el Fondo común es por Cristo nos lo testimonia este amigo: «Querido Julián, con gran entusiasmo he realizado hoy un pequeñísimo gesto, que sin embargo para mí es vital, signo de la victoria de Cristo también sobre las mil preocupaciones y resistencias que tengo. Al poner al día la ficha en la web de la Fraternidad, he decidido volver a empezar a pagar de nuevo el Fondo común, que no pagaba desde hacía cinco años. Delante del trabajo de Escuela de comunidad que finalmente me he tomado en serio, no puedo seguir viviendo una vida paralela [ésta es la demostración de que algo se mueve dentro de nuestra persona si hacemos la Escuela de comunidad como Dios manda. ¿Cuál es el deseo que se ha despertado?]. Ha nacido en mí el deseo de que el criterio del movimiento, que he reconocido fascinante, sea el criterio con el que mirar todo lo que sucede en mi vida, y he comprendido que ni siquiera las dificultades económicas son una objeción para que también yo pueda, desde mi pequeñez, contribuir a la victoria de Cristo en el mundo. Gracias, porque he comprendido que a Cristo o le das todo, o es como no darle nada. No es una cantidad muy alta al mes, pero prometo, en cuanto sea posible, aumentar mi cuota».

Este juicio sobre el Fondo común establece también una gradación en cuanto a la importancia de la respuesta a las distintas solicitudes que recibimos. Ante todo, lo primero a tener presente es el Fondo común de la Fraternidad, porque es el lugar educativo fundamental que te permite pensar en el motivo por el que lo entregas; luego están las necesidades concretas de la comunidad en la que vivimos; y finalmente, las necesidades que Dios nos pone delante como provocación, según el discernimiento que cada uno debe llevar a cabo.

Este gesto es tan personal que es signo de la libertad del "yo en acción". Uno puede dar, o simplemente ofrecer el dolor de no poder contribuir como quisiera.

Entre los muchos testimonios que han llegado, no puedo dejar de referirme al que escribe una persona que ha sido sostenida por la Fraternidad (de los muchos que conseguimos sostener entre nosotros): «Me ha impresionado mucho cuando habéis pedido noticias nuestras para saber si teníamos alguna necesidad, si podíamos necesitar todavía ayuda económica. Pensar que nos tenéis tan presentes, que rezáis por nosotros, que os interesáis por nuestro camino, es verdaderamente un gran signo de la ternura, de la premura que Jesús tiene por mí. Al daros las gracias desde lo hondo del corazón, os digo que en estos años el Señor se ha hecho cercano a nuestra necesidad de muchísimas formas, sobre todo a través de los rostros, las manos, el tiempo de los amigos de la Fraternidad, y que misteriosamente nuestra vida discurre, se desarrolla con serenidad en un camino que cada día me enseña a confiarme y abandonarme en Él».

La revista *Huellas* es una ayuda para la formación del juicio con el que mirar los hechos que suceden, y es el único instrumento, además de la web oficial de CL, del que nos sentimos responsables. Os indico también la página web de *Huellas*, renovada hace poco.

Toda la riqueza que otras personas e instrumentos expresan es fruto de su libertad y de su esfuerzo, que serán tanto más ricos y útiles para todos en la medida en que en ellos permanezca viva la experiencia que les ha movido al principio.

Antes de concluir, doy lectura al telegrama que hemos enviado a Benedicto XVI: «Santo Padre, 26.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales anuales concluidos anticipadamente, parten para Roma para unirse a Vuestra Santidad, que ha querido indicar a todos los bautizados y al mundo entero al beato Juan Pablo II como ejemplo de lo que puede hacer Cristo cuando

un hombre se deja aferrar por Él. En estos días hemos profundizado en la conciencia de que «si uno está en Cristo, es una criatura nueva», y que Él es verdaderamente útil para el camino del hombre en su relación con las cosas y las personas. Hemos hecho de nuevo experiencia de que el encuentro con Cristo resucitado ha suscitado de nuevo y potenciado el sentido original de nuestra dependencia del Misterio y el núcleo original de evidencias y exigencias originales (de verdad, justicia, felicidad, amor) que don Giussani llama «sentido religioso». Llenos de asombro por los signos del despertar humano que vemos suceder en nosotros y en nuestros amigos, estamos más seguros de que el acontecimiento cristiano salva al hombre de las consecuencias de las actitudes irrazonables ante las preguntas fundamentales del corazón. Conscientes de la enorme deuda de reconocimiento que nuestra Fraternidad tiene con Juan Pablo II, llegamos a Roma como peregrinos que en Vuestra persona, roca que se yergue ante el mundo, encuentran la seguridad para su camino de fe, seguros de que nos podemos fiar de Vuestra Santidad».

SANTA MISA

(*Hch* 2,42-47; *Sal* 117,2-4; *1 Pe* 1,3-9; *Jn* 20,19-31)

HOMILÍA DE JAVIER PRADES

En la liturgia del Segundo Domingo de Pascua que estamos celebrando, la Iglesia nos propone la fiesta de la Divina Misericordia. Éste es otro motivo para estar agradecidos al próximo beato Juan Pablo II, ya que fue él quien quiso instituir esta fiesta.

Acabamos de repetir todos juntos, con las palabras del Salmo 117: «Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna Su misericordia». Para poder percibir la vibración, el sentimiento de la realidad, que el salmista expresa en la frase, «Demos gracias Dios porque es bueno, porque Su amor es eterno», es "para siempre", debemos escuchar –aunque sólo sea un instante– lo profunda que es en nosotros esta exigencia del «para siempre» en cada dimensión de nuestra vida, pero sobre todo en la experiencia afectiva. Ninguna experiencia afectiva ha podido llenar nuestro corazón si no llevaba dentro, si no lleva dentro, este «para siempre»: amar «para siempre», ser amados «para siempre». El corazón sólo respira cuando se vive en primera persona esta dimensión.

Sin embargo, no podemos ocultar que muchas veces en la vida nos sorprendemos pensando: «Pero, ¿me podrá seguir queriendo esa persona después de lo que le he hecho?», o bien: «Pero, ¿podré volver a quererle después de lo que me ha hecho?»; y esto sucede con los amigos, con los compañeros de trabajo, entre el marido y la mujer, entre padres e hijos. Nosotros, que tenemos esta exigencia constitutiva del «para siempre» en el amor, advertimos que en nuestra fragilidad afectiva tal exigencia parece con frecuencia inalcanzable.

Sólo quien percibe hasta el fondo la tensión entre estos dos aspectos puede comprender la conciencia con la que san Pedro proclamaba hoy: «Bendito sea Dios, que, por su gran misericordia, nos ha regenerado». Utiliza una palabra muy fuerte, «regenerar», hacer nacer de nuevo, hasta el punto de que ahora nos podemos sentir como renacidos: también aquel que estaba muerto, es decir, que era cínico, que era escéptico. «Por su gran misericordia nos ha regenerado». La gran misericordia de Dios hace posible para nosotros la experiencia de un amor «para siempre». Lo que dice Pedro es muy similar a lo que dice Pablo cuando habla de la criatura nueva.

Don Giussani nos ha recordado muchas veces que la palabra «misericordia», en cuanto tal, debería ser borrada del diccionario, porque es imposible llenarla de significado a partir de nuestras fuerzas. Quien ha conocido la misericordia es re-generado, arrancado de la nada, podríamos decir existencialmente, para renacer. Y el síntoma de esta misericordia en acto, el síntoma de renacer nos lo indica claramente la liturgia de hoy, que habla en distintos momentos de «una alegría inefable», como ha proclamado el mismo Pedro y como dicen también los Hechos de los Apóstoles y san Juan. Todas las lecturas de hoy concuerdan en esta alegría, que es el síntoma inconfundible, el rasgo inconfundible de los que tienen experiencia de la misericordia. Nosotros lo sabemos bien en nuestra vida, porque siempre hemos estado contentos cuando hemos sido abrazados de tal modo que hemos renacido. No perdamos de vista a las personas que reflejan en sus rostros esta alegría inefable. Es tan excepcional esta alegría que cuando uno la ve la sigue; y va detrás de las personas que la viven –personas a las que conocemos, porque están entre nosotros–, que nos la testimonian: son esas personas junto a las cuales podemos decir, aunque sea como pobrecillos, las palabras del Salmo –según ese acento que se nos ha vuelto familiar con el paso de los años–: «Mi fuerza y mi canto es el Señor».

MENSAJES RECIBIDOS

Queridos amigos,

Con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales me hago presente entre vosotros con la oración y con el afecto, para renovar el vínculo de la comunión.

"Estar en Cristo", a lo que repetidamente nos invita san Pablo, sobre todo a través de su testimonio personal, es la mejor identificación de la existencia cristiana. El cristiano, más allá de sus límites y de sus fragilidades, vive cualquier acto como invocación de la presencia del Señor Jesús expresada con toda su mente, con todo su corazón, con todas sus fuerzas. Es lo mismo que nos enseña una oración preciosa de nuestra tradición, en la que pedimos al Señor que inspire todas nuestras acciones y las acompañe con Su ayuda, para que, ya que han comenzado en Él, terminen también en Él.

La fascinación del carisma de monseñor Giussani consiste precisamente en proponer a los hombres y a las mujeres de todos los tiempos que en virtud de la victoria de Cristo Resucitado se produce un cambio de vida. Dicho cambio renueva la relación con Dios, con los demás y con uno mismo, y abre a la persona a toda la realidad con un valor humilde.

Como nos repite con frecuencia Benedicto XVI, ser testigos de esta posición humana vertiginosa es al mismo tiempo una gran alegría y una seria responsabilidad. ¿Cómo no reconocer en la inminente beatificación de Juan Pablo II la fascinación de ser testigos?

Llegue a todos mi bendición.

S.E.R. cardenal Angelo Scola
Patriarca de Venecia

Querido Julián,

En vísperas de la beatificación del Siervo de Dios Juan Pablo II saludo a todos los amigos de la Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales. ¡Qué alegría experimentamos todos cuando don Giussani nos hablaba con entusiasmo de la elección como Papa del cardenal Karol Wojtyła, y cómo fuimos confirmados en el carisma cuando, con un acento de incomparable certeza, el Papa dijo: "Cristo, centro del cosmos y de la historia"! Su beatificación nos persuade de que en el encuentro con Cristo la vida puede realizarse plenamente.

Cristo salva el sentido religioso. Os escribo para manifestaros mi agradecimiento por el camino que el Señor está haciendo recorrer en este momento al movimiento, en una provocación constante a percibir la fascinación de la contemporaneidad de Cristo y al trabajo de nuestra libertad. Os envío de corazón un saludo y os acompaño con la oración a Nossa Senhora Aparecida.

S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Obispo de Petrópolis

TELEGRAMAS ENVIADOS

Su Santidad
Benedicto XVI

Santo Padre, 26.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales anuales concluidos anticipadamente, parten para Roma para unirse a Vuestra Santidad, que ha querido indicar a todos los bautizados y al mundo entero al beato Juan Pablo II como ejemplo de lo que puede hacer Cristo cuando un hombre se deja aferrar por Él.

En estos días hemos profundizado en la conciencia de que «si uno está en Cristo, es una criatura nueva», y que Él es verdaderamente útil para el camino del hombre en su relación con las cosas y las personas. Hemos hecho de nuevo experiencia de que el encuentro con Cristo resucitado ha suscitado de nuevo y potenciado el sentido original de nuestra dependencia del Misterio y el núcleo original de evidencias y exigencias originales (de verdad, justicia, felicidad, amor) que don Giussani llama «sentido religioso». Llenos de asombro por los signos del despertar humano que vemos suceder en nosotros y en nuestros amigos, estamos más seguros de que el acontecimiento cristiano salva al hombre de las consecuencias de las actitudes irrazonables ante las preguntas fundamentales del corazón.

Conscientes de la enorme deuda de reconocimiento que nuestra Fraternidad tiene con Juan Pablo II, llegamos a Roma como peregrinos que en Vuestra persona, roca que se yergue ante el mundo, encuentran la seguridad para su camino de fe, seguros de que nos podemos fiar de Vuestra Santidad.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado de Su Santidad

26.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales anuales sobre el tema: «Si uno está en Cristo, es una criatura nueva», están agradecidos por el mensaje enviado en nombre del Santo Padre. Finalizado de forma anticipada el retiro, llegamos a Roma para unirnos a Benedicto XVI y a la Iglesia universal

en acción de gracias a Dios, que nos ha dado en Juan Pablo II un testigo tan auténtico de Cristo, único salvador del mundo. Con devoción filial.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. cardenal Angelo Bagnasco
Presidente CEI

Querida Eminencia, 26.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales anuales sobre el tema: «Si uno está en Cristo, es una criatura nueva», han concluido de forma anticipada el retiro para estar presentes en Roma unidos a Benedicto XVI, que ha decidido indicar a todo el mundo al beato Juan Pablo II, ejemplo de lo que puede hacer Cristo cuando un hombre se deja aferrar por Él. En la fidelidad al carisma de don Giussani, seguimos testimoniando la novedad de vida que Cristo hace florecer en nosotros y entre nosotros, para el bien de todo el pueblo de Italia.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. cardenal Stanisław Ryłko
Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos

Querida Eminencia, 26.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales anuales sobre el tema: «Si uno está en Cristo, es una criatura nueva», que han concluido de forma anticipada, parten para Roma para unirse a otros miles de amigos del movimiento y a toda la Iglesia en el día en que Benedicto XVI beatifica a nuestro gran papa Juan Pablo II, que ha reconocido nuestra Fraternidad como camino hacia la santidad para cada uno de nosotros. Fieles al carisma de don Giussani y al mandato misionero del beato Juan Pablo II, «Id por todo el mundo a llevar la verdad, la belleza y la paz que se encuentran en Cristo Redentor», pedimos a la Virgen Negra que custodie Su servicio a Pedro para el bien de los fieles laicos.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Obispo de Petrópolis

Querida Excelencia: tus palabras nos confirman en la conciencia de la deuda que tiene todo el movimiento con el nuevo Beato, y nos hacen más conscientes todavía de la responsabilidad de testimoniar en todo el mundo que «si uno está en Cristo, es una criatura nueva», renovando la fidelidad al mandato misionero de Juan Pablo II en 1984, que don Giussani nos indicó como tarea de nuestra compañía, y que tú fuiste uno de los primeros en acoger, partiendo hacia Brasil. Pide por nosotros a la Virgen Aparecida, para que podamos avanzar por el camino de la santidad, cada vez más identificados con Cristo, que nos ha alcanzado a través del carisma de don Giussani.
Sac. Julián Carrón

S.E.R. cardenal Stanisław Dziwisz
Arzobispo de Cracovia

Eminencia Reverendísima, 26.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales anuales sobre el tema: «Si uno está en Cristo, es una criatura nueva», han decidido terminar de forma anticipada el retiro para dirigirse a Roma, junto a otros miles de amigos del movimiento, y asistir a la beatificación de nuestro queridísimo Juan Pablo II, gigante de una fe enamorada de Cristo, que reconoció nuestra Fraternidad y hacia el cual tenemos una enorme deuda de reconocimiento. Sabiendo lo estrecho que fue el vínculo del Pontífice con don Giussani y CL, en virtud de la mirada de fe que compartían hacia toda la realidad y de la pasión por Cristo, «centro del cosmos y de la historia», Le pedimos que encomiende a nuestras personas al nuevo Beato. Por nuestra parte, pedimos a Juan Pablo II que sea siempre un protector poderoso en Su vida.
Sac. Julián Carrón

S.E.R. cardenal Angelo Scola
Patriarca de Venecia

Queridísimo Angelo, tus palabras nos han hecho más conscientes del alcance en nuestra vida de la frase de san Pablo: «Si uno está en Cristo, es una criatura nueva». Cristo, en efecto, es algo que nos está sucediendo aho-

ra, una novedad más potente que nuestros límites y fragilidades. Agradecidos por habernos recordado que en esto consiste la fascinación del carisma de don Giussani, pedimos al beato Juan Pablo II que sostenga tu ministerio de testigo del cambio de vida que Cristo realiza en aquel que Le reconoce presente, signo poderoso de Su resurrección. Confiando a la Virgen el buen resultado de la visita pastoral de Benedicto XVI a tu diócesis, te saludamos con afecto.

Sac. Julián Carrón

CARTA A LA FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

Milán, 31 de enero de 2011

Queridos amigos:
Me imagino la conmoción y el entusiasmo con el que cada uno de vosotros –al igual
que yo– ha recibido el anuncio de la Beatificación de Juan Pablo II, fijada por Benedicto XVI para el próximo 1 de mayo, fiesta de la Divina Misericordia. También nosotros hemos exclamado, junto al Papa: «¡Estamos felices!» (Angelus del 16 de enero de 2011).

Nos unimos a la alegría de toda la Iglesia dando gracias a Dios por el bien que ha supuesto su persona, por su testimonio y su pasión misionera. ¿Quién de nosotros no ha recibido muchísimo de su vida? ¡Cuántas personas han recobrado la alegría de ser cristianos viendo su pasión por Cristo, su humanidad que brotaba de la fe y su entusiasmo contagioso! En él hemos reconocido enseguida a un hombre con un temperamento y un acento marcados por la fe, en cuyos discursos y gestos se hacía patente el método que Dios ha elegido para comunicarse: un encuentro humano que hace fascinante y persuasiva la fe.

Todos somos bien conscientes de la importancia de su pontificado para la vida de la Iglesia y de la humanidad. En un momento particularmente difícil, con una audacia que sólo puede proceder de Dios, volvió a proponer ante todos qué significa ser cristiano hoy en día, ofreciendo a todos las razones de la fe y promoviendo incansablemente las semillas de renovación del cuerpo eclesial sembradas por el Concilio Vaticano II, sin ceder a ninguna de las interpretaciones parciales que querían reducir su alcance en un sentido u otro. Su contribución a la paz en el mundo y a la convivencia entre los hombres pone de manifiesto que una fe vivida integralmente en todas sus dimensiones es decisiva para el bien común.

Conocemos bien el estrecho vínculo que, desde el principio del pontificado, unió a Juan Pablo II con don Giussani y CL, en virtud de la mirada de fe que compartían hacia toda la realidad y de la pasión por Cristo, «centro

del cosmos y de la historia» (*Redemptor hominis*). Su enseñanza ha sido muy valiosa para comprender y profundizar en nuestro carisma, en las distintas y múltiples ocasiones en las que habló a todos los movimientos, que él calificó como "primavera del Espíritu", destacando que la dimensión carismática de la Iglesia es "coesencial" a la institucional. También se dirigió muchas veces directamente a nosotros, remitiendo conmovedoras cartas a don Giussani en los últimos años de sus vidas, unidas también por la prueba de la enfermedad.

En el discurso con ocasión del treinta aniversario del movimiento, celebrado en 1984, nos dijo: «Jesús, el Cristo, Aquel en quien todo fue hecho y todo subsiste, es, pues, la clave interpretativa del hombre y de su historia. Afirmar humildemente, pero con igual tenacidad, a Cristo principio y motivo inspirador del vivir y del actuar, de la conciencia y de la acción, significa adherirse a Él, para hacer presente adecuadamente su victoria sobre el mundo. Actuar a fin de que el contenido de la fe se convierta en inteligencia y pedagogía de la vida es la tarea cotidiana del creyente, que se realiza en cada situación y ambiente donde está llamado a vivir. Y en esto está la riqueza de vuestra participación en la vida eclesial: un método de educación en la fe para que incida en la vida del hombre y de la historia […] La experiencia cristiana, comprendida y vivida así, engendra una presencia que pone en cada una de las circunstancias humanas a la Iglesia como lugar donde el *acontecimiento* de Cristo […] vive como horizonte pleno de verdad para el hombre. Nosotros creemos en Cristo, muerto y resucitado, en Cristo presente aquí y ahora, el único que puede cambiar y de hecho cambia, transfigurándolos, al hombre y al mundo» (Roma, 29 de septiembre de 1984). ¡Son palabras de una actualidad impresionante!

Con una paternidad sorprendente y única, Juan Pablo II abrazó nuestra joven historia reconociendo canónicamente la Fraternidad de Comunión y Liberación, los *Memores Domini*, la Fraternidad Sacerdotal de los Misioneros de San Carlos Borromeo y las Hermanas de la Caridad de la Asunción, como frutos diversos que han brotado del carisma de don Giussani para el bien de toda la Iglesia. El mismo Papa nos hizo comprender la importancia de tal gesto: «Cuando un movimiento es reconocido por la Iglesia, se convierte en un instrumento privilegiado para una adhesión personal y siempre nueva al misterio de Cristo» (Castelgandolfo, 12 de septiembre de 1985).

Por tanto, si alguien tiene una enorme deuda de reconocimiento hacia Juan Pablo II, somos precisamente nosotros.

Y no podemos encontrar un modo más adecuado de mostrar nuestro reconocimiento que seguir incansablemente su llamamiento lleno de autoridad: «No permitáis jamás que en vuestra participación anide la carcoma de la costumbre, de la "rutina", de la vejez. Renovad continuamente el descubrimiento del carisma que os ha fascinado y él os llevará más poderosamente a haceros servidores de esta única potestad que es Cristo Señor» (Castelgandolfo, 12 de septiembre de 1985).

Por este motivo, acudiremos todos a la cita del próximo 1 de mayo. Y por eso, los Ejercicios espirituales de la Fraternidad, que habíamos programado desde el 29 de abril al 1 de mayo, terminarán el sábado 30 de abril por la tarde, de modo que podamos ir en peregrinación a Roma con todos los demás amigos del movimiento –los bachilleres, los universitarios y los adultos que no estarán en Rímini– para unirnos al Papa y a la Iglesia en acción de gracias a Dios, que nos ha dado un testigo tan auténtico de Cristo. Queremos unirnos de corazón a Benedicto XVI, que en su clarividencia ha querido señalar a todo el mundo al beato Juan Pablo II como ejemplo de lo que puede hacer Cristo en un hombre que se deja aferrar por Él.

Pido a don Giussani y al nuevo beato Juan Pablo II que acompañen desde el Cielo nuestra fidelidad a Pedro, cauce seguro para nuestra vida de fe. Pido también a la Virgen que cumpla en cada uno de nosotros el deseo de santidad, motivo por el que existe nuestra Fraternidad.
Os saludo de todo corazón.

Don Julián Carrón

Beatificación de Juan Pablo II

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Plaza de San Pedro. Domingo 1 de mayo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:
Hace seis años nos encontrábamos en esta Plaza para celebrar los funerales del Papa Juan Pablo II. El dolor por su pérdida era profundo, pero más grande todavía era el sentido de una inmensa gracia que envolvía a Roma y al mundo entero, gracia que era fruto de toda la vida de mi amado Predecesor y, especialmente, de su testimonio en el sufrimiento. Ya en aquel día percibíamos el perfume de su santidad, y el Pueblo de Dios manifestó de muchas maneras su veneración hacia él. Por eso, he querido que, respetando debidamente la normativa de la Iglesia, la causa de su beatificación procediera con razonable rapidez. Y he aquí que el día esperado ha llegado; ha llegado pronto, porque así lo ha querido el Señor: Juan Pablo II es beato. Deseo dirigir un cordial saludo a todos los que, en número tan grande, desde todo el mundo, habéis venido a Roma, para esta feliz circunstancia, a los señores cardenales, a los patriarcas de las Iglesias católicas orientales, hermanos en el episcopado y el sacerdocio, delegaciones oficiales, embajadores y autoridades, personas consagradas y fieles laicos, y lo extiendo a todos los que se unen a nosotros a través de la radio y la televisión.
Éste es el segundo domingo de Pascua, que el beato Juan Pablo II dedicó a la Divina Misericordia. Por eso se eligió este día para la celebración de hoy, porque mi Predecesor, gracias a un designio providencial, entregó el espíritu a Dios precisamente en la tarde de la vigilia de esta fiesta. Además, hoy es el primer día del mes de mayo, el mes de María; y es también la memoria de san José obrero. Estos elementos contribuyen a enriquecer nuestra oración, nos ayudan a nosotros que todavía peregrinamos en el tiempo y el espacio. En cambio, qué diferente es la fiesta en el Cielo entre los ángeles y santos. Y, sin embargo, hay un solo Dios, y un Cristo Señor que, como un puente une la tierra y el cielo, y nosotros nos sentimos en este momento más cerca que nunca, como participando de la Liturgia celestial.
«Dichosos los que crean sin haber visto» (Jn 20, 29). En el evangelio de hoy, Jesús pronuncia esta bienaventuranza: la bienaventuranza de la fe. Nos concierne de un modo particular, porque estamos reunidos precisamente para celebrar una beatificación, y más aún porque hoy un Papa ha sido proclamado Beato, un Sucesor de Pedro, llamado a confirmar en la fe a los hermanos. Juan Pablo II es beato por su fe, fuerte y generosa, apostólica.

E inmediatamente recordamos otra bienaventuranza: «¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo» (*Mt* 16, 17). ¿Qué es lo que el Padre celestial reveló a Simón? Que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Por esta fe Simón se convierte en «Pedro», la roca sobre la que Jesús edifica su Iglesia. La bienaventuranza eterna de Juan Pablo II, que la Iglesia tiene el gozo de proclamar hoy, está incluida en estas palabras de Cristo: «Dichoso, tú, Simón» y «Dichosos los que crean sin haber visto». Ésta es la bienaventuranza de la fe, que también Juan Pablo II recibió de Dios Padre, como un don para la edificación de la Iglesia de Cristo.

Pero nuestro pensamiento se dirige a otra bienaventuranza, que en el evangelio precede a todas las demás. Es la de la Virgen María, la Madre del Redentor. A ella, que acababa de concebir a Jesús en su seno, santa Isabel le dice: «Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá» (*Lc* 1, 45). La bienaventuranza de la fe tiene su modelo en María, y todos nos alegramos de que la beatificación de Juan Pablo II tenga lugar en el primer día del mes mariano, bajo la mirada maternal de Aquella que, con su fe, sostuvo la fe de los Apóstoles, y sostiene continuamente la fe de sus sucesores, especialmente de los que han sido llamados a ocupar la cátedra de Pedro. María no aparece en las narraciones de la resurrección de Cristo, pero su presencia está como oculta en todas partes: ella es la Madre a la que Jesús confió cada uno de los discípulos y toda la comunidad. De modo particular, notamos que la presencia efectiva y materna de María ha sido registrada por san Juan y san Lucas en los contextos que preceden a los del evangelio de hoy y de la primera lectura: en la narración de la muerte de Jesús, donde María aparece al pie de la cruz (cf. *Jn* 19, 25); y al comienzo de los *Hechos de los Apóstoles*, que la presentan en medio de los discípulos reunidos en oración en el cenáculo (cf. *Hch*. 1, 14).

También la segunda lectura de hoy nos habla de la fe, y es precisamente san Pedro quien escribe, lleno de entusiasmo espiritual, indicando a los nuevos bautizados las razones de su esperanza y su alegría. Me complace observar que en este pasaje, al comienzo de su *Primera carta*, Pedro no se expresa en un modo exhortativo, sino indicativo; escribe, en efecto: «Por ello os *alegráis», y añade: «No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis*; no lo veis, y *creéis* en él; y os *alegráis* con un gozo inefable y transfigurado, alcanzando así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación» (*1 P* 1, 6.8-9). Todo está en indicativo porque hay una nueva realidad, generada por la resurrección de Cristo, una realidad accesible a la fe. «Es el Señor quien lo ha hecho –dice el *Salmo* (118, 23)– ha sido un milagro patente», patente a los ojos de la fe.

Queridos hermanos y hermanas, hoy resplandece ante nuestros ojos, bajo la plena luz espiritual de Cristo resucitado, la figura amada y venerada de Juan Pablo II. Hoy, su nombre se añade a la multitud de santos y beatos que él proclamó durante sus casi 27 años de pontificado, recordando con fuerza la vocación universal a la medida alta de la vida cristiana, a la santidad, como afirma la Constitución conciliar sobre la Iglesia *Lumen gentium*. Todos los miembros del Pueblo de Dios –obispos, sacerdotes, diáconos, fieles laicos, religiosos, religiosas– estamos en camino hacia la patria celestial, donde nos ha precedido la Virgen María, asociada de modo singular y perfecto al misterio de Cristo y de la Iglesia. Karol Wojtyła, primero como Obispo Auxiliar y después como Arzobispo de Cracovia, participó en el Concilio Vaticano II y sabía que dedicar a María el último capítulo del Documento sobre la Iglesia significaba poner a la Madre del Redentor como imagen y modelo de santidad para todos los cristianos y para la Iglesia entera. Esta visión teológica es la que el beato Juan Pablo II descubrió de joven y que después conservó y profundizó durante toda su vida. Una visión que se resume en el icono bíblico de Cristo en la cruz, y a sus pies María, su madre. Un icono que se encuentra en el evangelio de Juan (19, 25-27) y que quedó sintetizado en el escudo episcopal y posteriormente papal de Karol Wojtyła: una cruz de oro, una «eme» abajo, a la derecha, y el lema: «*Totus tuus», que corresponde a la célebre expresión de san Luis María Grignion de Monfort, e*n la que Karol Wojtyła encontró un principio fundamental para su vida: «*Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Praebe mihi cor tuum, Maria* -Soy todo tuyo y todo cuanto tengo es tuyo. Tú eres mi todo, oh María; préstame tu corazón». (*Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n. 266).

El nuevo Beato escribió en su testamento: «Cuando, en el día 16 de octubre de 1978, el cónclave de los cardenales escogió a Juan Pablo II, el primado de Polonia, cardenal Stefan Wyszyński, me dijo: "La tarea del nuevo Papa consistirá en introducir a la Iglesia en el tercer milenio"». Y añadía: «Deseo expresar una vez más gratitud al Espíritu Santo por el gran don del Concilio Vaticano II, con respecto al cual, junto con la Iglesia entera, y en especial con todo el Episcopado, me siento en deuda. Estoy convencido de que durante mucho tiempo aún las nuevas generaciones podrán recurrir a las riquezas que este Concilio del siglo XX nos ha regalado. Como obispo que participó en el acontecimiento conciliar desde el primer día hasta el último, deseo confiar este gran patrimonio a todos los que están y estarán llamados a aplicarlo. Por mi parte, doy las gracias al eterno Pastor, que me ha permitido estar al servicio de esta grandísima causa a lo largo de todos los años de mi pontificado». ¿Y cuál es esta «causa»? Es la misma que Juan

Pablo II anunció en su primera Misa solemne en la Plaza de San Pedro, con las memorables palabras: «¡No temáis! !Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!». Aquello que el Papa recién elegido pedía a todos, él mismo lo llevó a cabo en primera persona: abrió a Cristo la sociedad, la cultura, los sistemas políticos y económicos, invirtiendo con la fuerza de un gigante, fuerza que le venía de Dios, una tendencia que podía parecer irreversible. Con su testimonio de fe, de amor y de valor apostólico, acompañado de una gran humanidad, este hijo ejemplar de la Nación polaca ayudó a los cristianos de todo el mundo a no tener miedo de llamarse cristianos, de pertenecer a la Iglesia, de hablar del Evangelio. En una palabra: ayudó a no tener miedo de la verdad, porque la verdad es garantía de libertad. Más en síntesis todavía: nos devolvió la fuerza de creer en Cristo, porque Cristo es *Redemptor hominis*, Redentor del hombre: el tema de su primera Encíclica e hilo conductor de todas las demás.

Karol Wojtyła subió al Solio de Pedro llevando consigo la profunda reflexión sobre la confrontación entre el marxismo y el cristianismo, centrada en el hombre. Su mensaje fue éste: el hombre es el camino de la Iglesia, y Cristo es el camino del hombre. Con este mensaje, que es la gran herencia del Concilio Vaticano II y de su «timonel», el Siervo de Dios el Papa Pablo VI, Juan Pablo II condujo al Pueblo de Dios a atravesar el umbral del Tercer Milenio, que gracias precisamente a Cristo él pudo llamar «umbral de la esperanza». Sí, él, a través del largo camino de preparación para el Gran Jubileo, dio al cristianismo una renovada orientación hacia el futuro, el futuro de Dios, trascendente respecto a la historia, pero que incide también en la historia. Aquella carga de esperanza que en cierta manera se le dio al marxismo y a la ideología del progreso, él la reivindicó legítimamente para el cristianismo, restituyéndole la fisonomía auténtica de la esperanza, de vivir en la historia con un espíritu de «adviento», con una existencia personal y comunitaria orientada a Cristo, plenitud del hombre y cumplimiento de su anhelo de justicia y de paz.

Quisiera finalmente dar gracias también a Dios por la experiencia personal que me concedió, de colaborar durante mucho tiempo con el beato Papa Juan Pablo II. Ya antes había tenido ocasión de conocerlo y de estimarlo, pero desde 1982, cuando me llamó a Roma como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, durante 23 años pude estar cerca de él y venerar cada vez más su persona. Su profundidad espiritual y la riqueza de sus intuiciones sostenían mi servicio. El ejemplo de su oración siempre me ha impresionado y edificado: él se sumergía en el encuentro con Dios, aun en medio de las múltiples ocupaciones de su ministerio. Y después, su testimonio en el sufrimiento: el Señor lo fue despojando lentamente de todo,

sin embargo él permanecía siempre como una «roca», como Cristo quería. Su profunda humildad, arraigada en la íntima unión con Cristo, le permitió seguir guiando a la Iglesia y dar al mundo un mensaje aún más elocuente, precisamente cuando sus fuerzas físicas iban disminuyendo. Así, él realizó de modo extraordinario la vocación de cada sacerdote y obispo: ser uno con aquel Jesús al que cotidianamente recibe y ofrece en la Iglesia.

¡Dichoso tú, amado Papa Juan Pablo, porque has creído! Te rogamos que continúes sosteniendo desde el Cielo la fe del Pueblo de Dios. Desde el Palacio nos has bendecido muchas veces en esta Plaza. Hoy te rogamos: Santo Padre: bendícenos. Amén.

© Copyright 2011 – Libreria Editrice Vaticana

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

A cargo de Sandro Chierici

(Guía para la lectura de las imágenes tomadas de la Historia del Arte que acompañaban la audición de piezas de música clásica a la entrada y a la salida)

La *Sagrada Familia* de Antoni Gaudí en Barcelona

1-2	Fachada de la Natividad
3-4	Los ángeles anuncian con trompetas el nacimiento del Salvador
5	Portal central, o de la Caridad
6	La columna central del portal de la Caridad. La inscripción que envuelve la columna relata la genealogía de Jesús; la red que envuelve la parte inferior representa el pecado del hombre
7	Escenas de la Natividad
8	La Anunciación
9	Portal de la Esperanza, los desposorios de María y José
10	Portal de la Fe, la Visitación
11	Portal de la Caridad, Ángeles y pastores contemplan la Natividad
12-15	José, María y el Niño
16-17	Los Reyes Magos
18-20	La humanidad se alegra por el nacimiento del Salvador
21-23	Un ángel toca un arpa sin cuerdas
24	Un ángel toca un laúd
25-26	Portal de la Fe, la Presentación de Jesús en el Templo
27	El portal izquierdo, o de la Esperanza
28	La huida a Egipto
29	La matanza de los Inocentes
30	José y el niño Jesús
31	Los rosarios esculpidos en la parte superior del nicho
32	El portal de la derecha, o de la Fe
33	José y María en busca de Jesús, y Jesús trabajando en el taller de José
34-35	Jesús enseña en el Templo
36-37	Parte superior del portal de la Caridad, con la Coronación de María
38-39	Entrada a la Capilla del Rosario
40	Un ángel

41 El hombre tentado por la violencia
42-43 Figuras de serpientes
44 Fachada de la Pasión, Cristo atado a la columna
45 El velo de la Verónica
46 Escenas de la Pasión
47 La paloma del Espíritu Santo y la Ascensión de Jesús
48 Fachada de la Natividad, un elemento decorativo
49-54 Detalles de una de las agujas
55-57 El ciprés (la Iglesia) que acoge a los pájaros (los fieles)
58-62 Detalles de los pináculos
63 En la parte superior del ciprés, la cruz, la tau y la paloma
64 El cáliz sostenido por la uva
65 La hostia sostenida por las espigas de trigo
66 Los pináculos que coronan el edificio
67-68 Vistas del interior
69 El baldaquín y el crucifijo sobre el altar
70-76 Detalles de las columnas del interior
77-81 Detalles de las vidrieras
82-84 Detalles del interior
85 Vista de las bóvedas desde abajo
86-91 Detalles del techo
92-93 La cúpula de luz sobre el altar
94 Detalles de los pináculos
95-97 Vistas aéreas de las obras de la Sagrada Familia
98 La Sagrada Familia en el contexto de la ciudad

Índice

MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI 3

Viernes 29 de abril, por la noche

INTRODUCCIÓN 4

SANTA MISA – *HOMILÍA DE STEFANO ALBERTO* 11

Sábado 30 de abril, por la mañana

PRIMERA MEDITACIÓN – ***El «misterio eterno de nuestro ser»*** 12

Sábado 30 de abril, por la tarde

SEGUNDA MEDITACIÓN – ***«Ubi fides, ibi libertas»*** 27

SANTA MISA – *HOMILÍA DE JAVIER PRADES* 45

MENSAJES RECIBIDOS 47

TELEGRAMAS ENVIADOS 49

JULIÁN CARRÓN, CARTA A LA FRATERNIDAD DE CL 53

BENEDICTO XVI, HOMILÍA EN LA BEATIFICACIÓN DE JUAN PABLO II 56

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA 61

Suplemento de la revista *Huellas – Litterae Communionis*, n. 6, junio de 2011

Maquetación: Ultreya
Impresión: IMPRESOS Y REVISTAS S.A. IMPRESA